

solo
Teresa.

- 2 -



59

GALERIA DRAMATICA CHILENA.

Reservado

10/1234 A-34

TERESA.

DRAMA EN PROSA Y EN CINCO ACTOS,

POR ALEJANDRO DUMAS,

603234

Traducido al Castellano y arreglado al teatro Chileno

Por D. Andres Bello.

2 CH 96

Representado por primera vez en Santiago, en Noviembre de 1839.

9/241-3

PERSONAJES.	ACTORES.
El baron Deloné. . .	Sr. D. Juan Peso.
Teresa	Sra. Da. Carmen Aguilar.
Arturo de Savini. . .	Sr. D. Domingo Moreno.
Amelia.	Sra. Da. Josefa Vallejo.
Dulú	Sr. D. Anselmo Silva.

PERSONAJES.	ACTORES.
Paolo.	Sr. D. Juan Velasco.
Mr. Sorben.	Sr. D. Anjel Pino.
Jeneral Clemán . . .	Sr D. Ramon Bascuñan
Laura	Sra. Da. Isabel Rodriguez,
Varios convidados, hombres y mujeres, criados;	

La escena es en Paris, en casa del baron Deloné.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA, ARTURO, sentado junto a ella en una actitud familiar, LAURA, cosiendo.

AMELIA. ¿Y por qué tiempo estabas en Venecia?

ARTURO. A fines de 1829.

AMELIA. ¿Y la reina del Adriático merece la fama que le han dado los poetas?

ARTURO. Es la única ciudad del mundo que pudo detener a Byron tres años.

AMELIA. ¿Y conserva ella la memoria de Byron?

ARTURO. Amelia, las ciudades cuyos monumentos se desmoronan, olvidan presto a los hombres. Sí; algunos venecianos se acuerdan todavía de haber visto

pasar por sus calles un extranjero altivo, pálido, que se llamaba Byron; y le recuerdan, no porque fué el autor del *Corsario*, y de *Childe Harold*; no porque fué para ellos como para nosotros una especie de anjel rebelde, proscrito del cielo, sobre cuya frente el dedo de Dios habia escrito: *Jenio y Dolor*; sino porque montaba caballos, que en una ciudad, en que su raza es casi desconocida, le llevaban al galope sobre las losas húmedas de la plaza de San Marcos, donde apenas puede uno mantenerse en pie, y porque le veian en el Lido salvar con ellos las tumbas del cementerio judio, que ningun cristiano, sin ser forzado a hacerlo, se atreve a atravesar por la noche.

AMELIA. ¡Oh! Eso me desencanta de Venecia.

3

ARTURO. Eso, Amelia, debería cuando mas desencantarte de sus habitantes. Raras veces están los pueblos en armonía con las ciudades que habitan. Es preciso ver a Venecia, mi querida Amelia, desde la cima del Obelisco de San Márcos; a Venecia, que esconde sus pies en el agua, como la Vénus marina; surcada por la noche en todas direcciones por sus góndolas negras, cuyos fanales se cruzan sobre las ondas, como las exhalaciones brillantes de un cielo sereno: es preciso ver a Venecia desde el Lido, cuando cubierta de la niebla matutina, cada brisa que llega del Atlántico desgarrar un jiron de su velo, mostrando a trechos aquí un palacio, allá un puente, acullá un templo; a semejanza. . . . perdóname la comparacion, Amelia mia . . . , a semejanza de una coqueta, que para cautivar mejor los ojos, descubre poco a poco su belleza.

LAURA. Señor Arturo, esa descripción me parece mas de poeta que de viajero.

AMELIA. Luego que nos casemos, Arturo, iremos juntos a Venecia. ¿Me darás ese gusto?

ARTURO. Si, Amelia mia; y Venecia me parecerá entonces mas bella, porque subirás conmigo el Obelisco de San Márcos y estarás cerca de mí en el Lido; y si yo no olvido a Venecia por tí, será bien hermosa a mi vista, porque la veré con los ojos de la dicha.

AMELIA. Y despues fuiste . . . ?

ARTURO. A Nápoles.

AMELIA. A Nápoles, donde está ahora mi padre! ¡Ah! háblame de Nápoles, Arturo.

ARTURO. Tu padre estará ya de vuelta, y no quiero privarle del mayor placer de un viajero, que es el de contar lo que ha visto.

LAURA. Os comprendo, señor poeta. Los recuerdos de Nápoles no son de aquellos que quisierais confiar a Amelia.

ARTURO. ¿Y porqué no, Laura?

AMELIA. ¿Qué te quiere ella decir con eso?

ARTURO. Escucha, Amelia. Vas a oír mi confesion toda entera. Tu padre volverá pronto, y nuestro matrimonio seguirá a su vuelta. Esta union (a lo ménos yo así lo espero) traerá a nuestras dos existencias un porvenir de dicha: Es menester, pues, para que ninguna queja, ningun reproche pueda jamas turbarla, que me conozcas, como yo te conozco. Tu corazón está sereno, Amelia: ninguna pasion lo ha ajitado jamas; pero quizá eres tú la única persona a quien el cielo ha concedido la beldad y la pureza de un anjel. Me amas, pero

como a un hermano, mas bien que como a un esposo; y no me quejo por eso de mi suerte, porque ántes de conocerme, ni aun ese amor de hermana tuvo cabida en tu pecho. Yo soi ménos feliz que tú, Amelia, porque te ofrezco un alma ménos pura; un amor violento atormentó dos años de mi vida; mi escusa está en estas solas palabras: aun no te habia conocido.

AMELIA. ¡Ah! cuéntamelo, cuéntamelo todo, por tu vida.

(Con aire injenuo y lleno de curiosidad.)

LAURA. Es posible que recibas de ese modo una declaracion semejante?

AMELIA. Sin duda; ¿no le has entendido? ¿No me ha dicho que esa pasion se le ha extinguido, y que cuando empezó a arder en su pecho, le era yo desconocida? Ahora me conoce y me ama; ¿qué me importa lo pasado, que no me pertenece, cuando el porvenir va a ser mio?

ARTURO. ¡Gracias, Laura! Me habeis ahorrado sin quererlo los embarazos de una revelacion, que yo temia como amante, y que como hombre de honor estaba resuelto a hacerle.

AMELIA. Vaya, cuéntamelo, cuéntamelo presto; y en primer lugar dime su nombre.

ARTURO. Su nombre no me pertenece, Amelia: este es el único secreto que me es imposible revelarle.

AMELIA. Tienes razon, no debo exijirlo. ¿Pero no podrás decirme donde la viste la primera vez, si la amaste largo tiempo, si ella te amaba? ¿Era hermosa? ¿Qué edad tenia?

ARTURO. Y tú me lo perdonarás todo, aunque te diga que era hermosa?

AMELIA. Arturo.

ARTURO. Y bien?

AMELIA. Mírame ¿me amas?

ARTURO. Con toda el alma.

AMELIA. Estás perdonado.

ARTURO. ¿Qué encantadora eres, Amelia!

AMELIA. Fuera cumplimientos y al caso.

ARTURO. Habia como ocho dias que estaba yo en Nápoles. Habitaba al pie del Vesubio en una de aquellas quintas deliciosas que circundan el golfo de Isquia, cuando a eso de la media noche me despertó un sacudimiento espantoso; a la roja vislumbre que penetraba en mi alcoba, al bramido del viento, a la lluvia de fuego que caía, reconocí que el volcan iba a presentar a mi vista una de aquellas erupciones que tanto habia deseado contemplar. Vistome aprisa, échome una capa a los hombros; salgo y precipitán-

dome por la escalera, que vibraba y cru-
 jía debajo de mis pies, me encuentro en la
 calle. ¡Qué espectáculo de horror! El pue-
 blo todo corría despavorido sobre una
 tierra en movimiento, entre dos hileras
 de casas, que se mecían a un lado y otro,
 como los árboles encorvados por el hurac-
 can. Dos mujeres iban a mi lado, sin ap-
 oyo, sin amparo; tomo a cada una del bra-
 zo. Hállome a la entrada de un callejon que
 conduce al mar; me encamino por él,
 casi arrastrándolas. Un pescador desam-
 marraba una barca para dirigirse a la pla-
 ya opuesta; le obligué a darnos lugar;
 aunque el mar estaba agitado como por
 una tormenta, había ménos peligro en él
 que en las calles, en medio de edificios que
 amenazaban una súbita ruina. Dí el oro
 que llevaba al barquero, y coloqué a las
 dos damas bajo el toldillo de popa, que las
 guareciese de la lluvia de cenizas que caía.
 El pescador teudió la vela al viento, y la
 barca partió, rasando las olas como el ave
 marina que al acercarse la noche se halla
 lejos del nido.

Laura. Pero esa es una novela comple-
 ta, señor Arturo.

Amelia. Déjale proseguir.

Arturo. Luego que estuvieron en se-
 guridad las dos mujeres que la casualidad
 había puesto bajo mi proteccion, no tuve
 mas pensamiento que el de contemplar el
 espectáculo que se ostentaba a mi vista; me
 arrimé al mástil de nuestra pequeña em-
 barcacion, y volví los ojos al volcan. ¡Oh
 Amelia! Sería en vano probar siquiera a
 bosquejarlo. Figúrate una columna infla-
 mada que se lanza a doscientos pies de
 altura, y cae luego en torrentes de luz;
 arroyos de lava ardiente, que saltan a
 manera de cascada: una mar de fue-
 go que baja a encontrarse con otra, la
 lleva delante de sí, retrocede a su vez,
 va y viene, rechaza y es rechazada: dos
 elementos que luchan como dos hom-
 bres; una naturaleza en agonía que pa-
 rece implorar piedad: sombras desgrena-
 das que corren acá y allá por la ribera,
 envueltas en una atmósfera rojiza, como
 los condenados del Dante; y solo forma-
 ras una idea descolorida de una noche de
 Nápoles, en medio del golfo de Isquia,
 durante una erupcion del volcan. Yo es-
 taba en pié, inmóvil, los brazos cruzados,
 la vista fija, el pecho anhelante, cuando
 en un movimiento de la barca sentí un
 brazo que se asía del mio, y oí una voz
 que decía a mi espalda: ¿no es verdad que
 eso es sublime? Vuelvo la cabeza y
 perdona, Amelia, aquí es donde te

pido permiso para decirte toda la ver-
 dad. . . . aquella mujer mirada a la luz
 del incendio, con sus ojos negros, sus ca-
 bellos destrenzados, su tez de Napolitana
 que los destellos del volcan iluminabaa
 con una vislumbre fantástica, aque-
 lla mujer era tambien sublime. Ya
 adivinas que esta fué la que amé. El mo-
 do con que trabamos amistad, lo noveles-
 co de aquella primera entrevista, la faci-
 lidad que el pequeño servicio que había
 hecho a ella y a su madre me dió para
 volver a verlas, todo esto formó entre los
 dos un lazo que su padre, a la vuelta de
 un viaje, rompió con una sola palabra: ella
 era rica y yo no lo soi. Un día, llegando
 a visitarlas a la hora acostumbrada, supe
 que había partido: una carta suya me an-
 unció que obedecía a su padre, y me
 ordenaba regresar a Francia sin saber qué
 era de ella. Le obedecí, volví a Francia.
 Tú estabas en un colejio, Amelia. Tu pa-
 dre me habló de tí, te pintó como un án-
 gel de candor y hermosura. El me cono-
 cía de tiempo atrás, me juzgaba hombre
 de bien, iba a Italia, quiso dejarte un pro-
 tector, y a pesar de la diferencia de nues-
 tras familias, pues él era coronel del im-
 perio, y la sangre de mi padre se había
 derramado en la causa del Rei; me ofre-
 ció el título de esposo tuyo. . . .

Amelia. Que no quisiste aceptar.

Arturo. Yo no te conocía, Amelia, y
 por otra parte. . . .

Amelia. Ya sé lo que vas a decir. Mi
 padre, perdidas las esperanzas de este
 enlace, me dió por compañera o mas bien
 por hermana a Laura, a mi amada Laura,
(volviendo los ojos a ella) la hija de un
 amigo querido, que espiró a su lado en
 el campo de batalla, y estableció en su
 casa a Duló en calidad de tutor, permitién-
 dote que nos visitases cada dia. ¿No lo he
 dicho todo?

Arturo. No, Amelia, te has olvidado
 de añadir, que desde el momento que te
 ví, deseé volver a verte. Te miré al prin-
 cipio como una hermana; tu carácter, que
 por eso mismo se manifestaba sin rebo-
 so a mi vista, me hizo luego envidiar la
 suerte del que algun dia se llamase tu
 esposo; tuve zelos de antemano; imaginé
 que podía serlo yo mismo; me familiarizé
 con esta idea; la memoria de otro amor
 se fué borrando poco a poco, y al cabo
 no se presentó a mi espíritu sino como la
 imájen de un sueño. Es verdad que lo
 recuerdo todavia, pero solo como un e-
 pisodio de aquella noche terrible en que
 ví a Nápoles sacudido por el terremoto,

la mar embravecida y el Vesubio ardiendo.

AMELIA. En efecto, ese espectáculo debía de ser muy bello. Iremos también a Nápoles, amigo mío; contemplaremos también nosotros desde el golfo de Isquia una erupción del Vesubio; y aunque yo tenga la tez de una francesa, y los ojos ménos negros que los de tu hermosa Napolitana, puede ser que a la luz fantástica de un volcan logre también parecerse bonita.

ESCENA II.

Los mismos y DULO con una carta en la mano.

DULO. Hijos mío, una buena noticia.

AMELIA. Una carta de mi padre?

DULO. Justamente.

AMELIA. Fecha de Nápoles?

DULO. No, de Lyon.

AMELIA. ¿De Lyon? ¿Mi padre en Francia? ¡Ah! pero, Dulo . . . sois un tutor bárbaro! . . . mostradme esa carta.

DULO. ¿Me lo agradecerás, Amelia?

AMELIA. ¡Ah! os abrazaré, si me dais ese gusto.

ARTURO. La recompensa será mía, pues yo soy quien tengo la carta. *(Ha tomado la carta de mano de Dulo.)*

AMELIA. Veamos, veamos.

Se apoya sobre el brazo de Arturo, leen ambos: Dulo los mira complacido, Laura con envidia.

AMELIA. *(Leyendo)* “Mi caro Dulo: acabo de llegar a Lyon: no me detengo en esta ciudad sino para descansar un instante; de aquí a pocas horas estaré en camino, y llegaré a París casi al mismo tiempo que esta carta.”

AMELIA. Casi al mismo tiempo, ¿oves Arturo? ¿Y cuándo ha llegado la carta?

DULO. Esta mañana.

AMELIA. ¿Y nos dais la noticia a las tres de la tarde?

DULO. Acabo de entrar en casa, y la carta me ha llegado a mis manos hasta ahora.

AMELIA. Veamos, Arturo, si dice algo más papá.

ARTURO. *(Leyendo)* “Nada podía serme más agradable que lo que me dices del amor de Arturo a Amelia.”

DULO. Basta, basta, caballero; este es un negocio entre mi viejo amigo y yo; es un secreto nuestro, en que vosotros no tenéis que mezcláros.

AMELIA. Vuélvele su carta, Arturo,

pues ya sabemos todo lo que deseábamos; papá llega: vuestra tutela acaba hoy, señor Dulo, y gracias a Dios! Porque en verdad ella hacía bien desgraciada a vuestra pupila: *(tomándole ambas manos)*. ¿Entendeis, mi buen Dulo?

DULO. Ingrata!

ARTURO. Pero, Amelia querida: ¿Comprendes toda mi dicha? Llegado tu padre, ya no habrá distancia alguna entre la felicidad y nosotros.

AMELIA. Arturo, yo no pienso sino en el placer de abrazar a mi padre, y en nada más; y hasta que le haya visto, te olvidaré, olvidaré a Dulo, a Laura, a todo el mundo; saltaré como una loca; correré por toda la casa gritando, papá va a llegar. *(Ruido en la entrada)*. Se lo diré a los vecinos, a los criados, a mis palomitas; se lo diré . . . *(Viendo a su padre en la antesala)* ¡Ah! ¡Ah! padre mío!

DULO. Habrá loquilla?

ARTURO. El Barón . . . *(volviendo la cara)*

DULO. Deloné! *(lo mismo)*

ESCENA III.

Los precedentes, el Barón DELONÉ.

DELONÉ. Hija mía! mi alma! mi Amelia!

AMELIA. Papá!

DELONÉ. Mi viejo amigo!

ARTURO. Señor.

DELONÉ. ¡Ah! por vida tuya! ¿quieres soltarme? Déjame desembarcar de este capote en que tengo envueltos los brazos. ¿Qué diablos! ¿No ves que los necesito para abrazaros a todos? ¡Ah! mis buenos amigos! Eh bien; veamos ahora a mi hija.

AMELIA. ¿Qué tal, papá?

DELONÉ. Estas fea que espantas.

AMELIA. Dejaos de lisonjas.

DELONÉ. No; pregúntale a Arturo; que os parece amigo?

ARTURO. ¡Ah señor! No os lo han dicho ya mis cartas?

DELONÉ. Si; hablarémos de vuestras cartas, ellas a la verdad no estan de acuerdo con lo que me dijisteis aquí en esta misma sala antes de mi partida.

ARTURO. Perdonadme.

DELONÉ. No creo que jamás . . .

ARTURO. ¡Ah! imploro vuestra gracia, yo era un insensato.

DELONÉ. Y ahora?

ARTURO. Ahora mi ventura pende solo de vos.

DELONE. Dejaremos esta materia para despues, porque en el momento, hijos mios, por grande que sea el placer de veros, tenemos cosas mui urjentes en que ocuparnos. Tú Amelia mia, encárgate de mi aposento, de que trato de tomar posesion esta noche. Laura, el departamento de la mesa te toca a tí. Tenemos jente; pon a todos mis criados en movimiento. Vos sois de la partida, Arturo; pero id a poneros un fraque; vienen damas; habrá reunion, y si Amelia me lo ruega, habrá tambien baile.

AMENIA. ¡Ah papá! Os lo ruego mui de veras.

DULO. ¿Pero de dónde viene tanta jente?

DELONE. Son algunos amigos de Paris, a quienes he escrito al mismo tiempo que a tí; una reunion de conocidos antiguos que deseo ver. (*A Amelia y Arturo que se hablan bajo*). Está dispuesto que bailaréis la primera contradanza. Pero marchaos; haced cada cual lo que os toca; porque el tiempo urje. Idos; Arturo; hasta la vuelta. Perdoname, Laura, la molestia. Vete, hija, vete.

ESCENA IV.

DELONE, DULO.

DELONE. Al fin quedamos solos.

DULO. Y lo deseaba bastante.

DELONE. Hablemos de mi hija.

DULO. La has visto.

DELONE. Me encanta, ¿y Arturo?

DULO. Es un jóven de honor.

DELONE. No me engañé en mi juicio. ¿Y el baron de Sorben?

DULO. Le proteje como siempre, y le ha ofrecido varias veces el empleo de secretario de embajada.

DELONE. Y no lo ha aceptado?

DULO. Aceptándolo, hubiera tenido que pararse de Amelia.

DELONE. Con que se aman?

DULO. Han perdido la chaveta.

DELONE. Tanto mejor. Te agradezco mucho, Dulo, que consintieses en dejar tu vida antigua, para hacer aquí el papel de padre de familia.

DULO. ¡Mi vida antigua! Cabalmente me he quedado soltero para vivir de cualquier modo. Me he venido a tu casa; ¿qué ha sido eso para mí, sino un placer, una variedad, una distraccion? Esos muchachos me entretienen; verlos felices me hacia feliz. Si me hubiese casado, esa no-

vedad no hubiera tal vez acomodado a Madama, o me hubiera sidopreciso transportarme aqui con toda mi casa, que era algo difícil; con que me habria visto en el caso de negar a un excelente amigo un servicio, de que estoi recompensado con el servicio mismo. Notodos los solterones somos egoistas, Deloné; como en cuanto se me ofrece no tengo que consultar la voluntad de nadie, la de mis amigos es siempre la mia. Soy perezoso; mis amigos viven por mí, ellos piensan y yo ejecuto, y a todo lo que me proponen, solo sé estas dos respuestas: *Que me place; para mí todo es uno.* ¿Vida antigua? Sabes tú que el mudar de vida es la muerte?

DELONE. Dices la pura verdad, Dulo. No hai criatura mejor que tú. Por consiguiente, yo no te debo dar las gracias; átes bien. . . . A propósito; ¿estabas bien hallado en mi cuarto?

DULO. Como un príncipe.

DELONE. Pues bien, aunque haya espirado tu tutela, es menester que permanezcas en él, y seas uno de nosotros.

DULO. Que me place.

DELONE. Ahora bien; ¿por qué deseabas tanto hallarte a solas conmigo?

DULO. Porque no queria preguntarte delante de tus hijos, si habias perdido el juicio.

DELONE. ¿Y por qué?

DULO. Porque, hombre, llegar, y fatigado, como no puedes ménos de estarlo, en vez de descansar y cuidarte, hablar de reunion, comida, baile. . . .

DELONE. Y qué hai de singular en eso?

DULO. ¡Eh! vamos; el sol de Nápoles te ha calentado los cascos.

DELONE. A mí? Pues no soi siempre el mismo?

DULO. Quiero decir que te desconozco; hasta el estilo de tus cartas me parece mui otro, y a no tener delante tu firma, hubiera creido que era algun mozalvete enamorado, (Arturo por ejemplo) el que las escribia.

DELONE. Bah! (riendo)

DULO. Y despues, vuelves, te miro, y cuando esas canas me prueban que no eres otro que mi viejo amigo, te oigo hablar de reunion, banquete, baile. . . . ¿Bailarás tú por ventura?

DELONE. Y por qué no?

DULO. Y tus quince campañas?

DELONE. Las he echado a la espalda.

DULO. Tus heridas?

DELONE. Ya no me duelen.

DULO. Amigo mio, si te he de decir lo que siento, me das miedo.

DELONE. Y tú me das lástima. En efecto, Duló, ¿tan despacio se nos viene la vejez, que le hayamos de salir al encuentro a la mitad del camino? ¿Y qué es, después de todo, lo que nos hace viejos? No es la partida de bautismo, sino los achaques. Yo tengo cincuenta y nueve años, es verdad; pero este corazón, robusto y ardiente, parece palpar en el pecho de un joven. Dijiste bien; lo debo al sol de Nápoles, a aquel aire en que se bebe la vida; lo debo a la dicha de ver que Amelia y Arturo amándose, realizan una de mis más gratas ideas; y lo debo también a otra cosa que te diré más tarde.

DULO. Bueno, bueno, como quieras; para mí todo es uno.

DELONE. Esa peluca, Duló, te lo repito, me das lástima: te hallo algo envejecido desde nuestra última vista.

DULO. Y no te engañas por cierto; un año más tengo.

DELONE. Esa peluca te desfigura.

DULO. Hombre, si es la misma que antes.

DELONE. Ah Duló, Duló! envejeces, amigo.

DULO. Tengo 60 años, tres meses y un día: catorce meses más que tú; esa es toda la diferencia.

DELONE. Mira, Duló, juraría yo que si tuvieses una mujer joven, bonita, y un si es no es coqueta, que por ella y por tí, te hiciese el favor de arrojar esa peluca al fuego, y te decidiese a usar el pantalón y el fraque, pasarías mañana por un hombre de 45, a lo sumo.

DULO. Sí, pero no por eso dejaría yo de tener sesenta años, tres meses y un día.

DELONE. Lo olvidarías de cuando en cuando a lo ménos.

DULO. Y si mi mujer me lo trajese a la memoria?

DELONE. ¿No crees, pues, que haya en este mundo seres anjélicos, criados para la dicha de todas las edades; que puedan amarnos con un amor de hijas y esposas, porque seremos a un tiempo sus maridos y padres; que jóvenes, consentan en hacerse apoyos del anciano acompañándole hasta el borde del sepúlcrulo, y en llegando allí le ayuden a morir? Creer que la dicha y el amor son de la juventud solamente; creer que esos dos soles del alma no iluminan más que un solo lado de la vida, sería dudar de la bondad de Dios, Duló! Sería blasfemar.

DULO. Aguarda un instante, amigo: tu metafísica pudiera no convencerme del todo; yo no soi ateo ni blasfemo; pero

soi cobarde. Los seres que describes son las excepciones de la especie.

DELONE. ¿Y quién te quita que te encuentres por ahí con una excepción?

DULO. Amigo, yo no tengo la fatuidad de creer que el cielo las haya hecho para mí. Pero tú que predicas matrimonio, ¿cómo no nos das el ejemplo?

DELONE. No sería muy difícil que lo diese.

DULO. De veras?

DELONE. Qué diras tú entonces?

DULO. Yo? Que haces muy bien, si gustas de ello.

DELONE. Y tú?

DULO. Yo, con tu permiso, viviré soltero.

DELONE. ¡Silencio! Amelia se acerca.

ESCENA V.

Los mismos, AMELIA, tomando el brazo de su padre.

AMELIA. Hemos concluido, papá.

DELONE. Está todo listo?

AMELIA. Todo.

DELONE. ¡Hija mía! (tomándola el brazo)
LAURA. ¡Señor Barón! (Entrando por otra puerta)

DELONE. Qué hai?

LAURA. Los nombres y el número de los convidados.

DELONE. Ven acá; aquí tienes la lista. (Dándole el otro brazo).

AMELIA. Diez y nueve cubiertos.

LAURA. Bien.

DELONE. Pero harás poner veinte: falta un nombre.

LAURA. Y los lugares?

DELONE. Yo en el medio.

LAURA. Amelia enfrente?

DELONE. No, Amelia cederá su presidencia a la persona cuyo nombre falta. Amelia se sentará a mi derecha, tú a mi izquierda. Yo estaré entre mis dos hijas de la misma suerte que ahora. ¿Entendéis?

AMELIA. Sí, papá.

LAURA. ¿Con qué es una señora la que ha de sentarse enfrente.

DELONE. Una señora: la colocarás entre Arturo y Duló. Los demás convidados como quieras.

LAURA. Voy a hacer ejecutar vuestras órdenes.

AMELIA. Padre mio, si este ha de ser

un festin de etiqueta, es menester peinarme . . . vestirme.

DELONE. No tal, somos todos amigos. Con una flor en la cabeza te basta.

AMELIA. Pero viene una persona estraña: la dama que va a sentarse enfrente de vos.

DELONE. ¿Y quién te ha dicho que es persona estraña, Amelia?

AMELIA. ¡Ah es verdad! qué loca soil Laura, cuanto te hayas desocupado, ven, y uniformaremos tocados. *(Salen las dos por puertas diferentes)*.

UN CRIADO. *(en el foro)* Un criado estrañero desea hablar al señor Baron.

DELONE. Ya sé quien es: que entre. En cuanto a tí, Duló, tengo un consejo que darte, y es que mudes de vestido, sino quieres que te presente a mis convidados como abuelo de Amelia.

DULO. Tendria un hijo bien atolondrado, si así fuese.

DELONE. Quizás no te engañas; pero vamos; consientes en lo que te digo?

DULO. ¿Por qué no? Si gustas de ello, ¿qué se me dá a mí?

ESCENA VI.

El Baron DELONE, PAOLO.

DELONE. Eres tú, Páolo?

PAOLO. La señora Teresa desea saber del señor Baron a qué hora podrá venir.

DELONE. Ahora. *(Toca la campana, entra un criado)*. Pon los caballos al coche. Tú iras a buscarla, Páolo, y la conducirás aquí.

PAOLO. Lo haré.

DELONE. ¿Ha acabado de vestirse?

PAOLO. Sí señor.

DELONE. ¿Y estaba hermosa?

PAOLO. Como la ví jen de Isquia. *(yéndose)*.

DELONE. Aguarda un poco, Páolo, aun no está pronto el coche. Me complazco en hablar de Teresa contigo, que has dejado la Italia por seguirla. Tú solo, y yo, conocemos el tesoro que me ha cabido en suerte. ¿No es verdad, Páolo, que soi un hombre afortunado?

PAOLO. Ah! Sí. *(Con un tono sério y sentido)*.

DELONE. Y si ella echase de ménos a Nápoles, aquel cielo azul, aquel golfo del color del cielo, ¿tú me ayudarias a consolarla, hablándole de su patria, Páolo?

PAOLO. Yo?

DELONE. En una tierra estrañera tú eres para ella mas que criado; eres su compatriota.

PAOLO. Señor Baron; cuando abandoné sobre la playa de Púzzoli la barca que heredé de mi padre con la libertad, para entrar, tres años ha, a servir a la señora Teresa del Monte, sabia que para ella tomaba yo, desde aquel dia, un lugar inferior al de su perrillo faldero, pues iba a ser su criado. Para ella soi un criado; para los demas soi Páolo.

DELONE. ¿Y he olvidado yo jamas este convenio, que a primera vista me pareció tan estraño, pero que comprendí muy bien, desde que Teresa me dijo, que en un terremoto habia probablemente debido su vida y la de su madre a tu barca? Dí, Páolo, ¿he olvidado yo jamas este convenio? Aquel a quien debo la vida de mi Teresa tendrá acaso que imputarme una palabra dura, una mirada ofensiva?

PAOLO. No, señor Baron, y os estoi reconocido.

DELONE. Y si él hubiera querido ser entre nosotros algo mas que criado. . . .

PAOLO. Jamas lo he pensado, señor.

DELONE. Cuando me conozcas mejor, espero que no harás diferencia entre tu ama y yo. Hasta entónces tendré cuidado de que solo ella te mande. Jente llega. Silencio, aun se ignora todo aquí.

ESCENA VII.

Los mismos; ARTURO desde la puerta y poniendo su sombrero sobre una silla sin ver a Páolo ni ser visto de él.

ARTURO. Señor Baron, vuestro coche está pronto.

DELONE. Gracias, amigo. . . Páolo.

PAOLO. Voi. *(Arturo y Páolo se encuentran en la puerta, y quedan atónitos al verse)*.

ARTURO. Páolo! *(a parte)*.

PAOLO. Arturo! *(Lo mismo)*.

ESCENA VIII.

Los precedentes, AMELIA y LAURA.

AMELIA. ¿Con qué ibais ya a dejarnos, padre mio?

DELONE. No, hija mia; ¿por qué lo dices?

AMELIA. He visto vuestro coche a la puerta.

DELONE. Pregunta a Laura; a que ella adivina a lo que vá.

LAURA. A buscar a la persona incógnita.

AMELIA. Padre mio ¿y quién es?

DELONE. Eso te inquieta bastante, a lo que veo. Hasta Arturo parece estar cavilando en este misterio.

ARTURO. ¿Yo? *(volviendo en sí)*.

AMELIA. Os engañais, padre mio; no hay cosa que méenos me inquiete. Te agrada mi tocado, Arturo?

ARTURO. Qué... qué dices?

AMELIA. ¡Oh! qué insipido estás! Me visto y adorno para tí, ¿y me recompensas de ese modo? *(viendo entrar a Duló)*. Si me tocase y vistiese para Duló, quizá perdería méenos tiempo.

DULO. Qué tal? *(mostrándole a Deloné su nuevo traje)*.

DELONE. ¡Admirable! Has hecho una metamorfosis completa.

DULO. Algunos de tus convidados han llegado ya, y se dirijen al salon. He visto al general Cleman. A propósito, ¿sabes que ha vuelto al servicio?

DELONE. Yo hubiera querido imitar su ejemplo, pero la corte ha sido tan injusta conmigo, que no pienso esponerme a nuevos desaires.

DULO *(viendo ácia dentro)* Me parece que es aquel el Baron de Sorben, el protector de Arturo.

DELONE. Es preciso pasar a recibirlos. *(ruido de coche)*. ¿Pero qué escucho?

ARTURO. ¡Este es su coche, cielos!

DELONE. *(a un lacayo)* Que conduzcan a madama a este sitio. *(aparte)*. Teresa ha llegado. Apenas tengo valor para encontrar la mirada de Amelia. ¡Oh! Si ella creyese que el amor de su padre es capaz de entibiarse! *(Dirigiéndose a Amelia)*. ¡Amelia!

AMELIA. Padre mio, ¿qué teneis? La mano os tiembla.

LAURA. Arturo, ¡qué pálido estais! ¿Os ha dado algun accidente?

ARTURO. ¿A mí, señorita? No por cierto.

DELONE. Amelia mia, si crees que la

persona que va a llegar, causará el menor menoscabo a tu dicha futura, perdona a tu padre el no haberte consultado. . . . perdona. . . .

AMELIA. ¿Pero quién es ella, Dios mio?

DELONE. Presto vas a saberlo; ella se acerca; ya llega; héla allí.

PAOLO. La Señora Baronesa Deloné. *(desde la puerta)*.

ARTURO. Ella es. *(Teresa aparece, asombró general)*

ESCENA IX.

Los precedentes, TERESA.

DELONE. Sí, amigos míos! La Baronesa Deloné, mi mujer; tengo el honor de presentárosla. Teresa esta es mi hija, de que muchas veces te he hablado; pasarás probablemente por su hermana.

TERESA. No señor; porque yo la miraré con la ternura de una madre.

(Abraza a Amelia, que toda pensativa no alza los ojos.)

DELONE. Duló, mi mas querido y antiguo amigo. *(Conduciendo a Duló)*.

TERESA. Espero que me dareis una parte en vuestro afecto.

DULO. Ciertamente, señora. . . yo. . .

DELONE. Esta es una de las excepciones de que te hablaba hace poco.

(Buscando a Arturo, que se oculta, y conduciéndole a Teresa).

Este es mi futuro yerno, el Señor Arturo de Saviñi.

TERESA. Señor! *(Sin alzar los ojos)*.

ARTURO. Señoral

DELONE. Pasemos, si os parece, al salon, donde nuestros amigos nos esperan. Arturo, tu madre futura aguarda tu brazo. Ven Laura.

Deloné conduce a Laura; Duló a Amelia, Arturo y Teresa vacilan un momento.

DELONE. ¿Hé bien?

ARTURO. ¡Teresa! *(Bajo presentando el brazo)*.

TERESA. ¡Arturo!

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, TERESA. Durante esta escena Teresa deja caer, sin advertirlo, un ramillete que debe sacar en la mano.

DELONE. Perdoname, mi querida Teresa, la molestia que te doi; pero un padre tiene que hacer el presente nupcial a su hija; y ¿qué gusto mas fino que el tuyo para una comision semejante?

TERESA. No tengais pena por eso; la acepto con el mayor placer, amigo mio.

DELONE. Y si por ventura hai algun chal de cachemira, algun nuevo adorno, que sea del gusto de mi bella Teresa, le suplico que tome un duplicado. ¿Lo comprendes, amiga mia?

TERESA. ¡Cuán bueno sois! ¿Y hasta qué cantidad puedo estenderme en el presente que destinais a vuestra hija?

DELONE. Dí a nuestra hija, Teresa; no te dé temor ese nombre; que, al verte, bien se conocerá que no eres realmente su madre.

TERESA. Sí, pero aun no estoi habituada. Ello vendrá con el tiempo.

DELONE. Gracias. Puedes emplear de diez a doce mil francos en la comision que he fiado a tu cariño; bien entendido que el duplicado de que acabo de hablarte no se comprenderá en esta suma.

TERESA. Mui bien; no abusaré de vuestra confianza.

DELONE. A Dios, hija mia, y vuelve pronto. A Dios. *(La abraza y sigue con los ojos).*

ESCENA II.

DELONE, y DULO

DELONE. Ah! ¿Tú por acá, Duló?

DULO. Buenos dias, amigo.

DELONE. ¿Has dormido bien?

DULO. No se oye el menor ruido en mi cuarto; me hallo perfectamente en él.

DELONE. ¡Pobre Duló! te aviso que tienes que desocuparlo.

DULO. Cómo así?

DELONE. Si Amelia se casa, como es probable, el cuarto que tú habitas, y que es demasiado grande para tí. . . .

DULO. Será mui apropiado para los novios.

DELONE. Pero el aposento que Amelia ocupa. . . .

DULO. Es mui cómodo y bonito. . . .

DELONE. Consentirás en tomarlo?

DULO. Ciertamente.

DELONE. Lo malo es que cae a la calle, y que desde que amanece, el ruido. . . .

DULO. Para mí todo es uno.

DELONE. Tienes la mejor índole del mundo.

DULO. No, amigo mio; soi soltero, y un soltero en cualquier parte está bien.

DELONE. Has visto hoy a mi mujer?

DULO. Todavía no.

DELONE. ¿Estais siempre de buena inteligencia?

DULO. ¿Cómo podemos no estarlo, siendo ella tan amable conmigo?

DELONE. Confíesame, pues, que he hecho bien en casarme.

DULO. ¿Te crees ahora mas feliz que antes?

DELONE. Mil veces!

DULO. Pues si es así, has hecho bien.

DELONE. Solo una cosa me da cuidado.

DULO. Y qué es?

DELONE. Percibo cierta tibieza entre Amelia y Teresa, y no encuentro a qué atribuirla. Ayer reñí a mi pobre Amelia, y se puso a llorar.

DULO. Oh! Cuando ellas se conozcan mejor. . . .

DELONE. Dices bien. ¿Y qué piensas hacer esta mañana?

DULO. Pasarme un rato por el Bulevar.

DELONE. Es que desearia que me ayudases a estender las cláusulas del contrato matrimonial de Arturo y Amelia.

DULO. Aquí me tienes.

DELONE. Y tu paseo?

DULO. Lo dejaré para mas tarde.

DELOLE. Eres el modelo de los amigos, Duló! No solo te prestas a los deseos ajenos, sino, lo que es mas raro, sacrificas los tuyos.

DULO. Mira, Deloné; para la mayor parte de los hombres la amistad no es mas que un nombre con que se disfraza la tiranía; un medio decente de someter las voluntades ajenas a nuestra opinion y a nuestros hábitos. Se dice que vive de sacrificios recíprocos; no lo creo; vive de libertad, como todo lo bueno. Yo, Deloné, tengo pocos amigos; pero los a no por ellos y no por mí. Si dejo de ver a uno de ellos seis meses, me digo: le divierte mas la compañía de otros que la mia; tanto mejor. Cuando vuelvo a verle, le abrazo, como si volviese de un viaje, y no me pasa por el pensamiento renirle. Lo que me daría disgusto sería, que teniendo un cuidado, un sentimiento, no viniese a confiármelo, si estuviese en mi mano aliviarlo. El olvido no me ofendería, sino la falta de confianza. Vamos a trabajar Deloné.

DELONE. Vamos. (*a Páolo que está en la antesala*): No estoi en casa para nadie; ¿oyes Páolo? (*Vase con Duló*).

ESCENA III.

PAOLO, solo, corriendo a tomar el ramo de Teresa; y despues ARTURO.

PAOLO. Creí que no se irían jamas (*besa el ramo*). Veinte veces han estado para pisarlo. (*Lo besa otra vez, vuelve la cara y ve a Arturo*). ¡Arturo! Siempre este hombre!

ARTURO. La señora Baronesa?

PAOLO. No está en casa.

ARTURO. Te ha prevenido ella que lo digas así, o realmente no está en casa?

PAOLO. Ha salido.

ARTURO. Sola?

PAOLO. Sola.

ARTURO. El Baron?

PAOLO. En su escritorio.

ARTURO. Amelia?

PAOLO. En su aposento.

ARTURO. Estamos solos?

PAOLO. Así lo creo.

ARTURO. ¿Eres siempre fiel a Teresa? (*Con una mirada penetrante*).

PAOLO. Preguntádselo a ella.

ARTURO. ¿Y sabrás guardar un secreto?

PAOLO. Uno tengo guardado aquí hace tres años.

ARTURO. ¿Recuerdas aquella noche del terremoto, en que ella y yo nos refugiarnos en tu barca?

PAOLO. Si la hubiese olvidado, no estuviera en Paris.

ARTURO. Desde aquella noche amé a Teresa.

PAOLO. Lo sé.

ARTURO. Y fuí amado de Teresa.

PAOLO. ¡Fatalidad! (*aparte*).

ARTURO. Sí: fuí amado de Teresa.

PAOLO. Os entiendo: ¿a qué repetirlo?

ARTURO. Pues siendo así . . . me es fuerza hablarla.

PAOLO. ¿Y si por ventura ella ha tenido estos tres dias la intencion de evitaros?

ARTURO. Me es fuerza hablarla: ¿tienes?

PAOLO. Cuando?

ARTURO. Hoi mismo para ausentarme mañana.

PAOLO. ¿Os ausentais de Paris?

ARTURO. Inmediatamente que haya hablado con ella.

PAOLO. Escribidle.

ARTURO. ¿Pidiéndole la entrevista?

PAOLO. Sí.

ARTURO. ¿Y la carta?

PAOLO. Yo mismo la pondré en sus manos.

ARTURO. ¡Amigo mio! . . .

PAOLO. No teneis que agradecermelo.

ARTURO. ¿Estará pronto de vuelta?

PAOLO. Dentro de mui pocos momentos.

ARTURO. ¿Y le entregarás mi billete?

PAOLO. Luego que entre.

ARTURO. Ya escribo. (*Desgarrando una hoja de su libro de memoria, escribe*).

PAOLO. Dádmele.

ARTURO. ¿Y la respuesta?

PAOLO. Estará en vuestra casa cinco minutos despues que en mis manos.

ARTURO. Ah! tanta prontitud en servirme. . . .

PAOLO. ¿No podeis adivinar la causa? . . . (*riendo*).

ARTURO. Oigo ruido en el aposento de Amelia. No conviene que me vea. A Dios.

PAOLO. ¡Insensato! (*mirándole*)

ESCENA IV.

PAOLO y AMELIA.

AMELIA. Paolo.

PAOLO. Señorita.

AMELIA. ¿Estás solo? Me parecía que Arturo hablaba contigo.

PAOLO. Acaba de irse.

AMELIA. No ha preguntado por mí?

PAOLO. No, señorita.

AMELIA. Sabes por qué no ha entrado a verme?

PAOLO. Lo ignoro.

AMELIA. (Como queriendo volverse). Dos días ha que apenas le veo. Siempre distraído, pensativo. . . . ¡Es cosa estraña!

ESCENA V.

Los mismos y DELONE,

DELONE. Oye, Amelia mia.

AMELIA. ¡Padre!

DELONE. Las once han dado, y aun no has venido a darme los buenos días y abrazarme! (*Hace seña a Paolo que se retire*).

AMELIA. Temo incomodar a la Señora Baronesa.

DELONE. ¡Otra vez la Señora Baronesa! Amelia, ¿quieres darme mas que sentir todavía?

AMELIA. No ha sido mi intencion, padre mio.

DELONE. ¿Por qué no dices *mamá*?

AMELIA. Si no puedo.

DELONE. Pero ya es obstinacion.

AMELIA. Creedme, papá, no puedo.

DELONE. ¿Tan difícil te es pronunciar ese nombre?

AMELIA. Yo acostumbraba darlo a otra. (*sollozando*).

DELONE. Y Dios sabe, Dios sabe cuánto amé a la persona a quien llamabas así.

AMELIA. ¿Pues, padre mio, por qué?...

DELONE. ¿Reconvenciones, Amelia?

AMELIA. ¡Oh no! Pero cuando mi pobre madre murió, no pensé que hubiese de llegar un día en que me fuese preciso dar a otra mujer el título de madre; y se me hace duro acostumbrarme.

DELONE. ¿Sabes que lastimas mi corazon, Amelia?

AMELIA. ¡Ah padre mio! Si yo lo creyese. . .

DELONE. Escucha, Amelia: conversemos. (*Se sientan*). Yo no he sido jamas enteramente feliz, hija mia.

AMELIA. Espero que no habré sido yo la causa de. . . .

DELONE. Bien al contrario; porque iba a decirte que los únicos momentos de verdadera felicidad que he probado en la tierra, los debo a tí.

AMELIA. Me colmais de gratitud, padre mio.

DELONE. Yo amaba a tu madre. . . . apasionadamente.

AMELIA. ¡Mi pobre madre! (*Enternecida*).

DELONE. Y en diez años que duró nuestra union, las guerras continuas del imperio apenas me dejaron pasar seis meses de mi vida a su lado. A cada instante era necesario separarme de ella. . . . dejarla anegada en lágrimas. . . . porque eran contados los que lograban llegar al término del sendero sangriento que trazábamos en Europa: fué una prolongada y destructora batalla el reinado del Emperador: Napoleon cayo. . . yo era entonces coronel. . . su caída cortó mi carrera. Exceptuando mi grado, ninguna de aquellas distinciones que hincen de alegría el pecho de un militar, me cupo en suerte. La cruz misma no pude obtenerla de Napoleon hasta 1815. El nuevo gobierno me prohibió llevarla, al mismo tiempo que la dejaba prostituir a otros. Me quedaba tu madre: ella iba a consolarme de tantos pesares. La muerte me la arrebató, hija mia.

AMELIA. ¡Oh padre mio! ¡Oh mi buen padre! . . . (*llorando*).

DELONE. Entonces mi amor se dirigió a tí sola. Pero cuanto mas se concentraron en tí mis afectos, cuanto mas te veia crecer en edad y hermosura, mas me hacia temblar el pensamiento anticipado de los nuevos dolores que habia de costarme nuestra separacion.

AMELIA. ¡Nuestra separacion! . . . Separarnos nosotros! . . . nosotros, padre mio! jamas.

DELONE. ¡Niña! ¿Y Arturo? ¿Y tu matrimonio?

AMELIA. Si le recibo por esposo, ha de ser con la condicion de vivir siempre a vuestro lado.

DELONE. Tu no sabes, pobrecilla, no sabes cuán costosa habria de ser algun día a tí misma esa condicion que hoy le impones. Algun día sabrás cuánto es el

imperio quietienen sobre el corazon, cuánta parte ocupan del alma, los afectos de esposa y de madre. La naturaleza mira siempre adelante, Amelia, y no se cuida de los que deja detras, ancianos, fatigados, arrastrándose tristemente al sepulcro. Supongamos que la carrera que Arturo ha elegido le forzase a alejarse de Paris; tú le acompañarias sin duda; y yo entónces. . . sin derecho para quejarme de que tu huyeses de mis brazos a pesar de mis lágrimas, como yo en otro tiempo pude separarme de mis padres a pesar de las que ellos vertian. . . . yo entónces, habría de quedar solo, viejo, abandonado. No, no tuve valor para contemplar tan triste suerte. En Nápoles, a donde sabes que me llevó la necesidad de arreglar algunos negocios de fortuna, encontré un ángel de amor y de pureza, único digno de compararse contigo, hija mia. Ella me prometió. . . . no su amor. . . . sino aquellos cuidados afectuosos, que participan de los sentimientos de hija y de esposa. Yo me dije a mi mismo, Amelia sabrá apreciar su talento, sus excelentes cualidades, y la amará, Teresa verá a mi Amelia; su candor y su injentuidad la cautivarán. Mientras ellas se amen y permanezcan a mi lado, nada faltará a mi ventura; y si una de las dos se aleja de mí. . . . no seré enteramente desgraciado.

AMELIA. Ah! vuestra hija no lo hará jamas.

DELONE. Esto era lo que yo me decia a mi mismo, hija mia, y si refiriéndolo todo a mi dicha, he podido turbar de algun modo la tuya, perdona, perdona a tu padre, que no alcanzo a preverlo.

AMELIA. ¿Yo perdonaros, padre mio? Yo soy la que debe echarme a vuestros pies, yo la que os pido perdon por el pesar que os he dado. Pero la culpa no es quizás toda mia. La señora Baronesa. . . .

DELONE. Otra vez!

AMELIA. *Mamá, mamá;* dije mal.

DELONE. Amelia, tu eres injusta. . . . Teresa es tan amable como hermosa.

AMELIA. Sí, papá; mamá es amable y es hermosa; pero sí mamá no me quiere.

DELONE. ¿Y por qué?

AMELIA. Qué se yo? pero chiton: ella entra. Por vida vuestra, papá; no le contéis lo que ha pasado entre nosotros. ¿Y quién sabe si es mia la culpa? Sí, sí, yo he sido la causa. Ella hubiera venido a mis brazos; mi despego la contuvo. Aguardad; voi a pedirle perdon delante de vos.

DELONE. No, no; mi presencia compri-miría tal vez los sentimientos de ambas, y tu harias por complacerme lo que yo querria que hicieses de tu propio motivo. Quédate sola, y aguarda a mi mujer. . . . a tu madre. Sé amable con ella, como lo has sido conmigo; abándonate a tu corazon injenuo y afectuoso, y vuelve pronto a hacerme saber, que sino has recobrado en ella lo que Dios no da mas que una vez, como la vida, una madre, a lo ménos te he traido una buena y excelente amiga. A Dios, hija: Me separo de tí, para ocuparme, con Duló en tu suerte y la de Arturo. Cuida de que nadie nos interrumpa.

AMELIA. A Dios, padre mio. Quedaréis satisfecho de mí. Sereis feliz. A Dios.

ESCENA VI.

AMELIA, y despues TERESA.

AMELIA. Oh! quanto ha de costarme llamarmadre a esta Italiana! Si se debiese darfé a los presentimientos, pensaria que la desgracia ha de venirme de ella. Hela aquí.

TERESA. (*aparte*). Que siempre he de encontrar a esta niña.

AMELIA. (*aparte mirándola*). ¡Cosa extraña! Parece que me mira con la misma repugnancia que yo a ella.

TERESA. (*aparte*). De aquí a tres dias será su mujer. . . la mujer de Arturo. . . Ah! (*Se dirige al cuarto del Barón*).

AMELIA. (*aparte*). ¿Qué puedo yo hacer? Ella se retira. Permitidme que os defenga. Mi padre está ocupado con Duló.

TERESA. ¿Ocupado en qué, señorita?

AMELIA. En nuestro contrato.

TERESA. (*reprimiéndose*). ¡Ah! sí: ¿no es mañana cuando ha de firmarse?

AMELIA. Mañana.

TERESA. ¡El contrato de matrimonio de Arturo! (*aparte suspirando*).

AMELIA. (*aparte*). Ello ha de ser: no hai remedio. Mamá (*dirijiéndose a Teresa*).

TERESA. ¡Yo su madre! (*aparte*).

AMELIA. Mi padre desea que conversemos.

TERESA. Mandadme, señorita.

AMELIA. (*Tristemente*). ¡Ah! si vos me llamais señorita, es imposible que yo os llame mamá.

TERESA. Pero, quién os obliga a darme ese título?

AMELIA. Papá lo desea

TERESA. Y vos lo repugnais.

AMELIA. No iba a decir eso; pero . . .

TERESA. Pero qué?

AMELIA. Sois tan jóven, que os llama-
ria con mas gusto *hermana*.

TERESA. Entiendo. Me querriais mas
para *hermana* que para madre.

AMELIA. Sin duda, porque entónces mi
padre amaria a las dos igualmente, en vez
que ahora. . . .

TERESA. Esplicaos.

AMELIA. En vez que ahora me asije la
idea de que tal vez os amará mas que a
mí.

TERESA. Yo hubiera creido que en este
momento vuestro corazon estaria tan lle-
no de otro afecto, que no habria podido
echar de ver (cuando así fuese) que yo
le robaba alguna parte de los sentimientos
paternales.

AMELIA. ¿Y qué afectos pueden com-
pensar la menor pérdida en el cariño de
un padre?

TERESA. Los que el señor Arturo os
inspira, y los que vos sin duda le
inspirais, me parece que la compensarían.

AMELIA. ¡Oh! nunca; sí son tan dife-
rentes.

TERESA. ¿Pues de qué manera le a-
mais?

AMELIA. ¿A quién? a Arturo?

TERESA. Sí, Arturo.

AMELIA. Algo mas que a Laura, pero
ménos que a mi padre.

TERESA. No mas que eso?

AMELIA. No mas.

TERESA. Y eso llamais amor?

AMELIA. Escuchad, mamá. (*Teresa se
acerca*). En mi colejio se hablaba mucho
de amor: me le pintaban de mil modos
diversos; me ponderaban sus trasportes,
sus emociones, su delirio. Cuando Duló
condujo al señor Arturo y me le presentó,
confiándome los pensamientos de mi
padre, me dije a mí misma: voía conocer
el amor. Y desde entónces, cada vez
que Arturo se apartaba de mí, interro-
gaba a mi corazon, y buscaba en él las
sensaciones nuevas que debía despertar
el amor. Pero todo envano; nada me anun-
ciaba la existencia de semejantes emo-
ciones. Me he habituado a ver a Arturo;
me complazco en saber que está cerca
de mí; creo que me hará dichosa y que
le haré dichoso; le daré con alegría mi
mano, porque sé que este matrimonio ha
sido largo tiempo el sueño dorado de mi
padre. Esto es todo lo que experimento,
mamá. ¿Es esto lo que se dice *amor*?

TERESA. (*aparte con alegría*). ¡Gran
Dios! (*tomándole la mano*). Sí, hija mia.

AMELIA. Pues tanto mejor; yo temia que
mi cariño a Arturo no pasase de una pura
amistad.

TERESA. Amelia, si te dijeran mañana
que Arturo era tu hermano; ¿sentirias
mucho ese descubrimiento?

AMELIA. Al contrario, porque entónces,
mamá, mi padre no me casaria tal vez, y
no me alijiria la idea de separarme de
él.

TERESA. (*aparte*). No le ama. (*respira-
do*). Ah!

AMELIA. ¡Dios mio! Qué mal juicio
habia formado yo de vos! Si desde el prin-
cipio hubierais sido tan buena conmigo
como sois ahora, mi padre no hubiera te-
nido necesidad de reñirme porque no os
llamaba mamá.

TERESA. ¡Hija! ¡Hija querida! (*abrazán-
dola*).

AMELIA. ¡Pero qué necedad la mia te-
meros!

TERESA. ¿Y me temeis ahora?

AMELIA. Ahora, si yo creyese percibir
que era ménos amada de mi padre, iria
luego a quejarme a vos, y estoy cierta
de que vos le diriais que me amase mas?

TERESA. (*con ternura*). ¿Y quién no te
amaría, mi cara Amelia? Quién seria cap-
paz de no amarte, hija querida?

AMELIA. ¡Madre mia!

TERESA. Abrazame pues.

AMELIA. ¡Oh mamá! ¡qué dichosa sois!
Cuanto te amo! ¡Qué feliz va a ser mi
padre! Corro a decirle que ya nos tutea-
mos. (*Sale alborozada*).

ESCENA VII.

TERESA, luego PAOLO.

TERESA. Ella no ama a Arturo . . . No
le ama.

PAOLO. Señora. (*Desde la puerta*.)

TERESA. ¿Qué hai Páolo?

PAOLO. Una carta.

TERESA. De quien?

PAOLO. Suya.

TERESA. ¿Qué veo? (*abierta y lee*).

PAOLO. Se vá.

TERESA. ¿Quién te lo ha dicho.

PAOLO. El mismo.

TERESA. Y te habló de su amor?

PAOLO. ¿Y de qué queriais vos que me
hablase?

TERESA. ¡Indiscreto!

PAOLO. ¡Desgraciado!

TERESA. Me ama siempre?

PAOLO. Como en Nápoles.

TERESA. ¿Y te ha hecho esa confianza?

PAOLO. Me la ha renovado.

TERESA. Es verdad; olvidaba que tú vivías ya en casa de mi madre, cuando se trató de mi matrimonio con él.

PAOLO. Yo lo tenía bien presente, yo.

TERESA. Y el aguardaba sin duda...

PAOLO. Uua respuesta.

TERESA. Te encargas tú de llevársela?

PAOLO. Si la señora lo ordena.

TERESA. Dile que venga a verme. (*Páto hace una cortesía y sale.*)

ESCENA VIII.

TERESA sola.

TERESA. Comprendo ya la causa de su partida; sin duda quiere romper su matrimonio: él ama, me ama siempre. ¡Qué fatalidad la que me ha traído al seno de esta familia! ... Dios mio... y quizá para desgracia de todos! Parte? No, no puede partir. Es preciso que se case con esa niña; este es el voto de su padre... y el mio también. Mi matrimonio es ya un obstáculo a mi amor; su matrimonio será un obstáculo al suyo. Esta doble cadena será demasiado fuerte, demasiado sagrada, para que pueda romperse. No se irá; tengo mil razones que darle para que no se vaya. Y la mas poderosa de todas, Dios mio, es quizás la que yo no me atrevo a declararle a mí misma. Sostén mi virtud! El es.

ESCENA IX.

TERESA y ARTURO.

ARTURO. Al fin, tengo la dicha de encontraros, señora.

TERESA. ¡Pues qué! ¿Os huía yo acaso?

ARTURO. Yo así lo temía.

TERESA. Y os engañabais. ¿Qué motivo pude yo tener para evitaros?

ARTURO. Decís bien, señora; era tal vez demasiada vanidad pensarlos.

TERESA. No os comprendo.

ARTURO. Es que no hablamos ya el mismo idioma.

TERESA. Me habeis escrito, señor. . . .
(*Después de una pausa.*)

ARTURO. ¿Y habeis leído mi carta?

TERESA. Está resuelta definitivamente vuestra partida?

ARTURO. Ahora mas que nunca.

TERESA. Y vuestro matrimonio?

ARTURO. Le rompo.

TERESA. ¿Osaréis declararlo así al Barón?

ARTURO. Se lo escribiré.

TERESA. ¿Y con qué justificaréis vuestra inconsecuencia?

ARTURO. Le diré que temo hacer la desgracia de su hija.

TERESA. Por qué?

ARTURO. Porque no la amo.

TERESA. ¿No la amabais ocho dias ha?

ARTURO. Creí amarla. No habia vuelto a veros.

TERESA. ¿Pensais que no sea posible hacer dichosa a una mujer, si no es amándola con una pasión violenta?

ARTURO. A lo ménos es preciso no amar a otra mujer de ese modo.

TERESA. ¿Y qué dirá mi marido de semejante conducta?

ARTURO. Poco me importa.

TERESA. Tratará de saber el motivo.

ARTURO. Se lo diré. El sabe ya que un primer amor. . . .

TERESA. ¿Conoce acaso su objeto?

ARTURO. El nombre no lo sabe.

TERESA. Sabe a lo ménos en qué lugar amasteis.

ARTURO. Le he dicho que en Nápoles.

TERESA. ¿Preveis lo que sucederá? Frustrada su mas dulce esperanza, hará diligencia para saber qué persona es esa que habeis amado, y a quien él no podrá ménos que odiar. Conoce a Nápoles; escribirá; y una carta se lo revelará todo. Sabrá que esa mujer desconocida que habeis amado es Teresa, . . . yo, . . . su mujer. ¿Le suponeis capaz de creer que un amor tan violento en vuestro corazón, no haya dejado algun rastro en el mio? Y entonces, me echará en cara (y con justicia) haber destruido las esperanzas de un padre; y la idea de una primera pasión, que halló lugar en mi pecho, . . . y que talvez lo conserva. . . le borrará la tranquilidad de esposo. ¿Y todo esto Arturo, por unas pocas penas mas, que el tiempo y la costumbre calmarian? Ah! sois bien egoista.

ARTURO. Bien desgraciado, debierais decir.

TERESA. ¿Y quereis hacerme desgraciada?

Porque ausente de mí no tendreis nada que temer, ¿olvidais que me dejais aquí precisada a temerlo todo?

ARTURO. ¿Pero qué debo hacer?

TERESAS. Quedaos, casaos con Amelia

ARTURO. ¿No me habeis comprendido.

Teresa? ¿No os he dicho que os amo? ¡Casarme con Amelia, casarme con esa niña inocente, abrigando otro amor en el pecho! y qué amor! . . . ¡Jurarle a presencia de Dios y de su padre que la amaré, y mentir a Dios y a su padre! Horror! Infamia! ¿No sabeis vos, segun eso, qué es amor?

TERESA. ¡Arturo...!

ARTURO. Dejadme pues deciros lo que sufro, y haceros ver un porvenir espantoso. Pero, Teresa, ¿vos no sabeis, a lo que parece, que nunca, nunca os he amado mas que en este momento? Ah! si esperimentaseis, una hora solamente, lo que ha pasado en mi corazon estos tres dias! ¡Teresa! ni reposo . . . ni sueño . . . Una fiebre que me devora . . . Es de perder el juicio . . . y la vida.

TERESA. Pero oidme.

ARTURO. ¿No queréis que fme ausente, y queréis que me case con Amelia? Y si os obedezco, ¿podreis figuraros todo el infierno de una vida, que estaré condenado a pasar en medio de una mujer propia que no amo, y de una mujer ajena que amo? . . . Y cuando esta mujer es la de un anciano, a quien he de llamar padre; cuando encontrando a cada paso bajo este techo, solo a fuerzas de violencias y disimulo conseguiremos ocultarle Amelia sus lágrimas, vos, vuestra pena, yo, mi desesperacion. . . ¡Ah! pensadlo bien. . . ¿Habrà para nosotros un instante de reposo, de dicha, de tranquilidad sobre la tierra?

TERESA. ¡Ah! Vos veis las cosas de ese modo, porque las veis en un momento de exaltacion; porque yo acabo de llegar; porque no me esperabais; porque mi llegada os ha sorprendido. Yo misma si estoy tranquila, es porque de antemano estaba prevenida de que iba a veros, y a veros esposa de Amelia. En vos será lo mismo, Arturo. cuando hayamos pasado algunos dias, algunos meses, un año en esta casa. Creedme; reconocereis que ese delirio, esa fiebre, no son duraderos. Sereis mi amigo y yo seré vuestra amiga. Llegados a este punto, y seguros ya de nuestra virtud, decidme, todo lo que contemplais ahora con espanto ¿no se convertirá en delicia? Esta morada comun, esta facilidad de vernos todos los dias y a todas horas, de

ceñir al círculo de una familia a dos nuestros afectos, todas nuestras alegrías y penas, de formar un mundo aparte medio del mundo, . . . decidme, sino es esta la felicidad; ¿dónde la hallaremos? Y cuando se tiene delante, cuando se toca, esa felicidad tan rara, tan difícil de encontrar en la tierra, el hombre que la desdena, que la arroja de sí . . . ¡Arturo! ¡Arturo! . . . ¿Qué título merecen sino el de un insensato?

ARTURO. Ah! cualesquiera que sean mis temores, ¿creis que si solo escuchase a mi amor, no preferiria caminar con los ojos bandados hácia el porvenir que me espanta, y precipitarme en el abismo de miseria que presajio? El porvenir . . . Aun ese porvenir horrible, que mi imaginacion amedrenta a os pintaba, tendria reflejos de gloria, extásis de dicha inefable; pues al fin os veria, Teresa. Ahora mismo, en este momento de agonía, de terror, . . . de llanto. . . Teresa! . . . Soí mas feliz que niugun instante despues de mi venida de Nápoles. Bajo el fondo de estos amargos dolores, el amor encierra una delicia. . . ! ¡Partir! Haberte visto y dejarte! Haberte visto mas hermosa, sentirme mas amante, y ausentarme de tí? ¿Te dije que estaba resuelto a ausentarme? ¡Ah! Cuando te anuncié esta resolucion, sabia bien que me era imposible cumplirla. Solo me siento fuerte para amarte. Me abandonas a tus deseos, Teresa. Pensaré con tu pensamiento, y tu voluntad será la mia. Dispon de mi vida. ¿Me es dado hacer algo por tí? Ordena, ordena cuando quieras, como no sea separarme de tí.

TERESA. Arturo, ya os estoi reconocida. (Tomándole la mano).

PAOLO. La señorita Laura. (Desde la puerta).

ESCENA X.

Los mismos y LAURA.

LAURA. El señor Baron, el señor Duló y Amelia aguardan al señor Arturo.

TERESA. Gracias señorita. (a Arturo en voz baja). Acordaos de vuestra promesa.

ARTURO. ¿He prometido? (en voz baja).

TERESA. Ya sabeis para que os llaman. Quereis darme la mano y conducirme al escritorio de mi marido?

ARTURO. Con mucho gusto, señora, *(en voz baja)*. Teresa que vamos a hacer?

TERESA. La dicha de todos.
ARTURO. Quiéralo el cielo.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DULO, dando el brazo a LAURA; DELONE.
Los dos primeros en traje de camino.

DELONE. Duló, no te ofrezco mi cabriolé; lo he menester para conducir a Amelia al campo esta tarde, donde tú nos aguardarás un par de horas.

DULO. Me haces un gran favor en no ofrecérmelo, porque me vería no poco embarazado para manejarlo, y no cabrían en él mas que dos personas.

LAURA. Es que el criado hubiera podido hacer ese oficio, y vos seguirnos a caballo.

DULO. Os doi las gracias, querida. . . Prefiero, una pequeña carroza; si se siente uno algo estrecho en ella y el sacudimiento le incomoda un poco, a lo ménos tiene la seguridad de que para venir a tierra es necesario que la carroza se vuelque.

LAURA. Con qué Amelia vendrá con vos esta tarde?

DELONE. Y Arturo nos seguirá a caballo.

DULO. Y la Baronesa?

DELONE. No sé. Es probable que no irá al campo. Talvez la espera un largo viaje en que yo tendré que acompañarla. En tal caso, Duló contará contigo.

DULO. Por supuesto. *(Deja el brazo de Laura y se acerca a él)*. Tú estas triste, Baron, tú suspiras. Espero que no me ocultes el estado de tu corazón. ¿Tienes algo que te aflija?

DELONE. No, amigo mio, no; pero e semblante de Teresa se altera: ella sin duda padece.

DULO. Ya lo habia notado yo.

DELONE. Esa alteracion me inquieta; quisiera distraerla; te contaré todo esta noche. ¿No ves la curiosidad de Laura, que quisiera adivinar lo que hablamos?

DULO. Hasta la noche. A Dios!

DELONE. Os acompañaré hasta la puerta.

ESCENA II.

TERESA, PAOLO.

Teresa se deja ver como en observacion; al ver que se retiran, entra lentamente, y se acerca el oido a la puerta del aposento de Arturo; hace luego una señal, llamando a Paolo, que está en la antesala.

PAOLO. Señora.

TERESA. Nadie ha salido todavia del aposento de la señora de Arturo?

PAOLO. Nadie.

TERESA. *(mostrando un papel)*. El señor Arturo me rogó ayer que le copiase unos versos italianos. Helos aquí. Entrégáelos. Entiendo que él y su mujer están ahí dentro.

PAOLO. Muy bien, señora. *(suspirando)*.

TERESA. *(retirándose algo apresuradamente)*. Si el señor Baron pregunta por mí, en el jardin estoi.

PAOLO. Este aire de primavera es destemplado, señora.

TERESA. Necesito respirarlo: siento en la frente un calor que me abrasa. *(sale)*.

ESCENA III.

PAOLO, ARTURO, pálido, que se deja ver como en observacion.

PAOLO. *(Leyendo)* «Al señor Arturo de Saviñi.» ¡Qué hombre tan afortunado!

ARTURO. ¿Qué será de ella? *(aparte mirando a todos lados)*.

PAOLO. Acaba de salir de aquí. *(notando su curiosidad)*.

ARTURO. Adónde ha ido?

PAOLO. Al jardín.

ARTURO. Allá voi.

PAOLO. Una carta.

ARTURO. Para mí?

PAOLO. De ella.

ARTURO. Dámela. *(sentándose)*. Si; ella me ama, me ama todavía, me ama como antes. *(Besa la carta, la abre y lee)*. Me recuerda nuestros deberes, nuestros juramentos al Barón y Amelia. ¡Ah! Ella es la que ha formado ambos lazos.

PAOLO. El Barón.

ARTURO. ¿El Barón? *(ocultando la carta)*.

¡Ah! jamás le veo después de una hora de ausencia, que no tiemblo de que en este intervalo haya sorprendido mi secreto. . .

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué suplicio! su semblante venerable, sus blancos cabellos, me traspasan el alma. Está triste. . .

(levantándose). ¿Si habrá percibido? . . . *(Se vuelve a sentar, se enjuga la frente como rendido de fatiga, y no se atreve a volver los ojos ácia el Barón)*.

ESCENA IV.

ARTURO, DELONE. Dirigiéndose a Arturo y dándole la mano.

DELONE. Buenos días, Arturo.

ARTURO. Nada todavía. *(aparte)*

DELONE. Como va Amelia?

ARTURO. Bien, padre mío.

DELONE. *(tristemente)*. Me alegro. ¿Está preparada para trasladarse esta tarde al campo?

ARTURO. Créo que sí.

DELONE. ¿Dónde está?

ARTURO. En su cuarto. *(con viveza)*. ¿Queréis que os la llame?

DELONE. No; aprovecharé esta ocasión de hablar un momento contigo.

ARTURO. ¿Conmigo? *(inquieto)*.

DELONE. No eres tú mi hijo, mi mejor amigo?

ARTURO. ¿De qué queréis hablarme?

DELONE. De mis pesares, Arturo.

ARTURO. ¿Qué decis? ¿Pesares? ¿Podeis tenerlos?

DELONE. Propia pregunta de un hombre dichoso.

ARTURO. ¿Y quién los causa?

DELONE. ¿Has notado la palidez y melancolía de Teresa?

ARTURO. Sí.

DELONE. ¿Adivinas el motivo?

ARTURO. No he tratado de conjeturarlo.

DELONE. Arturo ¿podrías tu vivir lejos de tu país natal, con la idea de no volverlo a ver jamás?

ARTURO. No por cierto.

DELONE. Pues bien; el mal de Teresa, no es otro: echa ménos a Nápoles.

ARTURO. Pero sus padres han muerto.

DELONE. ¿Y sus sepúlcros, Arturo? . . . En el cielo que vieron nuestros ojos cuando se abrieron a la vida, en el aire que hemos respirado con el alborozo de la juventud y la libertad, en el país natal, por decirlo todo de una vez, hai un encanto, una dulzura que ningun otro puede darnos. Teresa echa ménos todo eso, amigo.

ARTURO. ¡Oh! Sí, sí, sin duda. Eso es. A eso solo deben atribuirse su tristeza y distraccion; a eso, padre mío, y a nada mas. Teneis razon. *(adoptando vivamente la idea del Barón)*.

DELONE. Ella me lo oculta por no asijirme. Ese ángel de bondad recela que yo me imponga las privaciones que sus fuerzas no pueden soportar; pero yo seré generoso como ella.

ARTURO. ¿Y qué pensais hacer? *(inquieto)*.

DELONE. Me voi a Nápoles con ella, mañana mismo me pongó en camino.

ARTURO. Vos! Vos! . . . a Nápoles! ¿Es verdad lo que me decis?

DELONE. Lo tengo resuelto.

ARTURO. Pero un viaje como ese exige preparativos.

DELONE. Están hechos.

ARTURO. Y lo sabe ella? *(corriéndose)*. ¿La señora Baronesa lo sabe?

DELONE. Todavía lo ignora.

ARTURO. ¿Y Amelia?

DELONE. ¡Ah! no quiero que lo sepa hasta el momento mismo de la partida: temo sus ruegos, sus lágrimas.

TARURO. ¡Ah sí! porque sus ruegos, sus lágrimas os harían vacilar, ¿no es eso?

DELONE. Tal vez. ¡Ah! cuando a mi edad deja uno hijos y patria, por corta que sea la ausencia, se corre el peligro de nos verlos mas.

ARTURO. Es preciso impedir este viaje *(aparte)*.

DELONE. Te recomiendo a Amelia en mi ausencia, Arturo. Tus atenciones, tus caricias la consolarán. La creeré feliz . . . amada de tí; porque su dicha está cifrada en tu amor. . . . Teresa viene, déjame solo con ella.

ARTURO. Ten presente que me amas. *(Dice ésto a Teresa en el momento que ésta entra; y despues de saludarla; en voz baja y con tono enfático)*.

ESCENA V.

DELONE, TERESA.

TERESA. ¿Qué es lo que me quiere él decir? *(aparte)*.

DELONE. Ven, Teresa.

TERESA. Aquí me tienes, amigo mio. *(con los ojos inclinados)*.

DELONE. ¿Adónde has ido tan temprano?

TERESA. Al jardín.

DELONE. Sin ropon, sin capa, con este aire tan penetrante?

TERESA. Tentad. *(alargando la mano)*.

DELONE. La mano te arde.

TERESA. Sí. *(con una sonrisa triste)*.

DELONE. Mírame.

TERESA. Bien?

DELONE. Ves? tu cabello está cubierto de rocío.

TERESA. Esta frente lo necesita.

DELONE. ¡Qué lánguidos tus ojos! Qué pálidas tus mejillas. querida mía! ¿No es verdad que este cielo descolorido fatiga tu vista, que este sol tibio márchita tu tez, que tu pecho respira mal los aires de Francia?

TERESA. ¡Ah! Sí, sí, . . . eso es . . . sin duda es eso. Sí, mi cielo azul, mi sol ardiente, mi golfo de Nápoles, que refleja las estrellas como perlas. . . . ¡Ah! Sentir otra vez las emociones que experimentaba entonces, me daría la felicidad.

DELONE. ¿La felicidad? Pues bien, Teresa mía. Nápoles, los naranjos de Sorrento que perfuman el aire, la cuna de tu niñez, el albergue de tu juventud, el se-

púlcro de tus padres, yo puedo restituírtelo. —Y te lo restituyo.

TERESA. Vos? pero cómo?

DELONE. Mañana nos vamos.

TERESA. ¡Imposible!

DELONE. ¿Por qué?

TERESA. ¿Por qué? . . . Vos no podeis abandonar de ese modo vuestra patria, vuestros hogares, vuestra familia.

DELONE. ¿No dejaste tú todo para venir conmigo?

TERESA. Pero yo . . .

DELONE. Pero tú . . . tú eras jóven, ¿tú tenias largos y alegres años que vivir todavía, en el suelo de tu nacimiento. ¿Haré yo menos por tí? yo viejo y cercano al sepúlcro?

TERESA. Amigo mio!

DELONE. No, Teresa: el que tiene menos que perder es a quien toca el sacrificio. Suponiendo que yo llegue al término ordinario que la naturaleza ha señalado a los hombres, apenas me restarán ocho o diez años. ¿Aguardarás tú estos ocho o diez años para ser feliz? Y si yo viviese mas allá de ese término, y esa privacion del suelo natal te fuese cada dia mas insoportable. . . . ¿Quieres tú que tema que acaso maldijeses mi existencia?

TERESA. ¡Baron!

DELONE. Tu dices que dejo por tí mi patria y familia. Mi patria no ha menester ya mis servicios; a brazos mas juveniles toca ahora defenderla; yo cumplí ya mis deberes para con ella. ¿Mi familia? Es una sola hija; la he casado con el hombre de su propia eleccion; y es feliz. Mis esperanzas están ya realizadas en este mundo. Si Dios me enviase ahora la muerte, yo no tendria motivo para decirle, aguarda; porque todo lo que un hombre debe hacer ya lo he hecho. Pero léjos de eso, Dios me concede que viva y que viva dichoso. . . pues he de vivir contigo, y tu amor era lo único que faltaba a mi dicha. Ese amor ya lo tengo . . . ¿no es así? . . . Amor de hija se entiende; otro no pretendo perdírtelo.

TERESA. ¡Oh! sí, sí.

DELONE. ¡Bien! Gracias a Dios, y gracias a tí, hija mía; porque los dos habeis hecho por mí mas de lo que podia buenamente pedirnos; exijir nuevos favores fuera ingratitud. Hice mal en sacarte de Nápoles: debí tener presente que siguiéndome obedecias a un padre, que te quería ver noble, que tú inmolabas tu dicha al amor filial. Con todo, al ver que te restituí yo a todo lo que amabas, acaso llegarás a olvidar que yo fui la causa de que

por un instante lo perdieras. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

TERESA. (*llorando*). Oh! vos sois el mejor, el mas jeneroso de los hombres! Teneis razon; yo debo partir,

DELONE. ¿He adivinado, hija mia? ¿He comprendido el estado de tu alma?

TERESA. Sí, sí, ¿cuándo nos iremos?

DELONE. Cuando quieras.

TERESA. Mañana? Me hallareis pronta.

DELONE. Sí, sí; . . . Y cuando llegados allá, recorramos el hermoso pais que te dió el ser, si se me escapa algun suspiro al pensar en la Francia, entónces, desde la roca de Caprí, o desde la punta de Múniscola, me diras, mostrándome la ciudad que se levanta en medio de su golfo, como una canastilla de flores. *Mira, aquella es Nápoles, Nápoles, que no esperaba ver mas, y que ha vuelto a hechizar mis ojos.* Tu me dirás eso, Teresa: (*tomándole la mano*), y al sonido de tu voz, a vista de tu contento, olvidaré la Francia, lo olvidaré todo, para besar tus manos queridas, y decirte: ¡Oh Teresa! por mucho que yo haya hecho por tí, tu, amándome, has hecho mas todavía.

TERESA. Amigo mio, os lo ruego: dejadme, dejadme sola: tengo necesidad de llorar.

DELONE. Sí, sí, hora, pero de alegría: esas son lágrimas que yo quiero verte derramar. Hasta la vista. Voi a dar órdenes. Quier a aprovechar el tiempo que me queda para instalar a Arturo y Amelia en mi casa de campo, en que debíamos pasar el estio con ellos. Tu quédate aquí; esa pequeña jornada te fatigaría; economiza tus fuerzas que bien las has menester. Mañana estaré de vuelta, terminados todos los adioses, cuya triste escena quiero escusarte. (*Suena la campanilla; aparece un lacayo*). Pon el caballo al cabriolé. (*Sale el Lacayo*).

TERESA. ¿No tomais la calesa?

DELONE. La guardo para nuestro viaje. Amelia y yo iremos en el cabriolé: Arturo nos seguirá a caballo, y en ese mismo caballo volveré mañana. Todo está preparado, Teresa mia: vamos! Venite yo sonreir, para que el recuerdo de esa sonrisa me consuele cuando diga adios a mi hija. (*La abraza y sale*).

ESCENA VI.

TERESA, sola arrojándose sobre una silla.

TERESA. ¡Oh mi Dios! que cosa tan horrible sería! No; . . . partir . . . conozco que es fuerza partir. Léjos de Arturo, podré amarle sin temor de hacerme delincuente; pero a su vista mi amor de hoy será talvez un remordimiento mañana. ¡Ah! pensemos en este hombre tan bueno, que me llama su hija, que ha puesto a mi cuidado los dias que le restan de vida, y todas sus esperanzas de felicidad en la tierra. Huyendo de Arturo ahora que estoi segura de poseer su amor, lograré que siga amándome a pesar de la ausencia; no es su mujer, no es la fria Amelia, quien borraré en él mi memoria; ella, que no sabe amar a su esposo, sino un poco mas que a Laura y un poco ménos que a su padre!

ESCENA VII.

AMELIA, TERESA.

AMELIA. Creía que mi padre estaba contigo mamá. . . .

TERESA. Ahora mismo se ha separado de mí.

TERESA. ¡Oh Dios mio! Tengo que hablarle sin falta. . . ¿Sabes mamá, lo que tí me resuelto? Irse, dejarnos, volverse a Nápoles.

AMELIA. Sí, hija mia: tal es su intencion. ¿Y quién ha podido darte una noticia que tu padre deseaba tanto ocultarte?

AMELIA. Arturo.

TERESA. Arturo?

AMELIA. Y yo le prometí que haria cuanto me fuese posible para detener a mi padre.

TERESA. ¿El es quien te envía? ¿El te ha encargado que impidas el viaje?

AMELIA. Y lo impediré ciertamente.

TERESA. Pobre niña!

AMELIA. He prometido a Arturo que juntaría mis súplicas a las tuyas para rogar a mi padre que desista del viaje. ¿Y tú me ayudarás, nó? Seremos dos contra papá. Dos mujeres son fuertes: atacaremos su corazon por ambos lados, y ¿cómo podrá resistirnos?

TERESA. Dudo mucho, Amelia mia, qu

nuestras súplicas le vengzan. Además el viaje es necesario. . . .

AMELIA. ¡Oh mamá!

TERESA. Pero hagamos otra cosa.

AMELIA. Qué cosa?

TERESA. Tengo un medio de conciliarlo todo.

AMELIA. Dilo pronto, pues, mamá.

TERESA. Se efectuará el viaje y no te apartarás de tu padre.

AMELIA. No comprendo absolutamente. . . .

TERESA. Ven con nosotros, hija mía.

AMELIA. Y Arturo?

TERESA. Permanecerá en París, de donde le es imposible ausentarse actualmente, sin renunciar a sus pretensiones y cortar una carrera brillante.

AMELIA. Pero es que yo no quiero separarme de Arturo, mamá.

TERESA. Pues qué! . . . (*admirada*).

AMELIA. No ciertamente. ¿Separarme de Arturo? jamás.

TERESA. Con todo, hija mía; es necesario que te decidas a separarte de tu padre, o de tu marido.

AMELIA. Es verdad. . . en tal caso, mamá, quedaré al lado de Arturo.

TERESA. Amelia, ¿no decías tú que le amabas ménos que a tu padre?

AMELIA. Cierto es; . . . pero no estaba casada todavía;

TERESA. Y después de casada? . . .

AMELIA. Escucha. . . no se lo digas a papá, eso le afligiría, porque no sé si él podría comprenderlo, como tú lo comprenderás, que eres mujer. . . pero un sentimiento que me era desconocido ha penetrado mi alma, y se ha apoderado casi enteramente de mi existencia. No me engaño. . . . es sin duda el amor.

TERESA. Niña, pero tu padre, tu padre. . . . según eso le amas ménos.

AMELIA. No, mamá, no es que amo ménos a mi padre, sino que amo más a Arturo.

TERESA. Le amas?

AMELIA. Mas de lo que puedo esplícarte.

TERESA. ¿Y él? . . . y él a tí?

AMELIA. ¡Ah! él. . . (*suspirando*)

TERESA. Dí pues. (*con alegría*),

AMELIA. El me ama bastante, sin duda. . . aunque muchas veces me parece como distraído, . . . embelesado. . . pero yo sé por qué.

TERESA. Lo sabes?

AMELIA. Sí. Cuando vuelvo la vista a lo pasado, cuando pienso en la indiferencia con que yo le trataba, me admiro de que hubiese continuado amándome, co-

mo lo hizo. ¡Ah! si estuviera en mi mano volver a aquellos días de tibieza, que tanto temo recordar! De cuán diverso modo le trataría! Pero sabes lo que yo hago, mamá? Le colmo de caricias, para hacérselos olvidar. El porvenir es mío; sé que he de amarle más y más cada día. ¿Y tú me propones que me aleje de él, mamá? Qué me aparte de mi Arturo? ¡Ah! no, no. Yo haré cuanto pueda con mi padre: le rogaré encarecidamente que no se vaya. . . Pero sí a pesar de mis ruegos y de mi llanto se vá. . . mamá, yo me quedo con Arturo.

TERESA (*aparte*). ¡Ella le ama! . . . Desgraciada de mí. . . Ella le ama. . . y yo tengo que dejarle con ella.

AMELIA. Alguien llega. ¡Ah si fuese mi padre! Mamá, mamá, mi Arturo es quien viene. Mírale, que pálido está! Algo le aflige, sin duda. ¡Amigo mío!

ESCENA VIII.

Las mismas y ARTURO.

ARTURO. ¿Qué decías Amelia?

AMELIA. Aun no he podido verie.

ARTURO. ¿Pues dónde está?

AMELIA. Ha bajado a dar algunas órdenes. Pero como ha de pasar por el comedor para volver a su cuarto, allí le aguardaré para impedir este viaje, que tan desgraciados nos hace. Abrazame, esposo mío, y me voi (*le abraza*).

TERESA. Buen Dios, ten piedad de mí, (*viéndolos abrazarse*).

ESCENA IX.

ARTURO TERESA.

ARTURO. Al fin estamos solos.

TERESA. ¡Ah! Ella le ama! (*aparte*).

ARTURO. Oídme, Teresa; no es tiempo de suspensiones este; no hai tiempo que perder.

TERESA. ¿Qué queréis de mí?

ARTURO. ¿No os ha hablado el Barón de su viaje insensato?

TERESA. Sí.

ARTURO. ¿Y habeis consentido en él?

TERESA. Ciertamente.

ARTURO. ¡Muy bien! (*con despecho*).

TERESA. ¿Qué otra cosa debí o pude hacer?

ARTURO. ¿No había mil medios de quedaros?

TERESA. ¿Quedarme? y para qué?
estais en vos? Quedarme?

ARTURO. Eso me preguntais?

TERESA. ¿No queda con vos Amelia?

ARTURO. ¿Es tiempo de vu-las, este, se-ñora? . . . Y ya que vos sois el único motivo de su viaje, ya que el estado de vuestra salud le alarma; tan difícil os era disipar su inquietud?

TERESA. Miradme: ved estas mejillas pálidas; tocad estas manos ardientes; una fiebre me consume. ¿Podia yo mandar a mi palidez que desapareciese, y a la fiebre que calmase? No pudiendolas atribuir al sentimiento de haber dejado mi patria, ¿debia yo decirle que esta tez marchita, esta agitacion, las debia a vuestra presencia, al malhadado amor con que me perseguís? ¿No es así? Ya veis que me era necesario, absolutamente necesario, apartarme de vos, y que solo lejos de vos puedo vivir inocente y feliz.

ARTURO. Y yo, Teresa, yo a quien abandonais así, tan poco os merezco, que, al tomar ese partido, no os habeis acordado de mí? ¡Vuestra palidez! Vuestra agitacion! . . . ¿Y está acaso la alegría en mi frente, la sonrisa en mis labios? ¿Palpita este corazon como el de un hombre tranquilo? ¡Ah! cuando yo estaba determinado a dejar esta casa, a renunciar la mano de Amelia, cuando yo pronosticaba los tormentos que padezco, ¿por qué, por qué no me dejasteis partir? Entonces tenia fuerzas para alejarme de vos; vuestra presencia me las ha hecho perder. Me habeis detenido a pesar mio; me habeis prometido un porvenir tranquilo y dichoso. (*sonriéndose con amargura*): ¿No es verdad, Teresa, que estamos tranquilos? ¿No es verdad que somos felices? ¿No es verdad que habeis cumplido vuestra promesa?

TERESA. ¡Arturo, Arturo! ¿por qué me martirizais de ese modo?

ARTURO. Dispusisteis de mi vida, mandasteis; obedecí; y no habrá sino para hacerme infeliz y abandonarme a mi miseria? No, no será; yo os lo juro. Una coqueta se portaria de ese modo; y vos no lo sois, Teresa. Pensad que vuestra presencia es necesaria a mi vida, como es necesario este aire que respiro. Estoy habituado a ella; ella es ahora mi existencia. Me es imposible carecer de ella, Teresa. ¿Queréis acaso que muera? Que muera desesperado, blasfemando al cie-

lo? Pues bien, si no quereis eso, quedaos, yo os lo ruego, quedaos. Teresa, mi amor, mi vida, mi ángel (*se arrodilla*).

TERESA. ¡Dios mio! Dios mio! (*ocultándose la cara entre las manos*).

ARTURO. Pero habladme, respondedme siquiera.

TERESA. ¡Ah! no he respondido ya a todo . . . desde el día que respondí que amaba?

ARTURO. (*Irónicamente levantándose*). Sí, me amais; pero con aquel amor cómodo que la ausencia no alarma, que la mira como un medio de recobrar el color y la alegría, y de restaurar la dicha perdida. ¿Eso es lo que vos llamais amor, vos Italiana, vos? ¿El sol de Francia ha entibiado hasta ese punto la sangre que circula en vuestras venas? No, Teresa, vos no me amais, no me habeis amado jamás.

TERESA. Os engañais Arturo. Las pasiones de una Italiana yo las tengo entre ambas; el amor y los celos. Esta sangre, que segun decís, se ha helado . . . ¡Ah! la mitad de ella derramaria, en este instante mismo, para pasar mi vida con vos, sin crimen, sin remordimiento.

ARTURO. Pues bien, Teresa! Mi Teresa!

TERESA. Yo no os amo, desventurado? ¿Y me asustaria tanto este amor, si fuese ménos violento? ¿Creeis que no he luchado por extinguirle en mi pecho? ¿Qué no me he valido de todos los medios de vencerle? Oraciones, reflexion, todo ha sido en vano. ¿Yo no te amo, Arturo; y he podido consentir en la idea de alejarme de tí para poder resistirte? ¡Ah! Déjame este solo medio de salvacion, o me pierdo y te pierdo conmigo.

ARTURO. Poco me importa, Teresa . . . contigo. . . la muerte misma. . . contigo. . . ¿Entiendes? pero ha de ser contigo.

TERESA. ¡Ah! ten lástima de mí, por tu vida.

ARTURO. ¿No te ausentarás? Dí: ¿no me abandonarás?

TERESA. El Baron. (*Alejándose apresuradamente*).

ESCENA X.

Los mismos: DELONE, AMELIA.

AMELIA. (*Apoyada en el brazo de su padre*), ¡Ah padre mio! . . . ¡Mi buen padre! yo te lo ruego! Note vaya.

DELONÉ. Hija mía, solo Teresa podrá mudar mi resolución.

ARTURO. ¿Oyes Teresa? (*a media voz*).

AMELIA. Ah mamá; yo te lo suplico.

ARTURO. (*a media voz*). Teresa, una palabra, una palabra sola te basta: dila pues.

DELONÉ. Volveremos, hijos míos, me volveréis a ver ántes que muera.

AMELIA. ¡Padre! Padre mio! (*arrojándose a sus brazos*).

ARTURO. Por la última vez, Teresa. (*Bajo*). (*Teresa vacila; Paolo aparece a la puerta*).

PAOLO. El cabriolé del señor Baron, y el caballo del señor Arturo están prontos.

DELONÉ. Vamos, hija mía, díadios a tu madre.

AMELIA. Con que no hai remedio? . . Dios mio! . . . A Dios, mamá. . . Traedme otra vez a mi padre.

DELONÉ. Consuélate, hija mía, mi vida.

AMELIA. ¡Ah! nunca, nunca . . . (*sollozando*).

TERESA. Ella le ama. (*aparte*).

ARTURO. Señora. (*cerca de Teresa*).

TERESA. (*en voz baja y con la mayor expresion*). Vuelve a verme . . . mi partida. . . la muerte . . . pero ántes quiero verte otra vez.

(*Teresa se lanza a su cuarto; Arturo manifiesta una viva alegría*).

ARTURO. No, no sueño; ella es mía: ella me ama; volveré a verla: el viaje no tendrá efecto.

DELONÉ. (*aparte*). Ella teme ceder a las instancias de mi pobre Amelia. (*alto*). Paolo, dí a la Baronesa que estaré de vuelta mañana, y que nos pondremos en camino a la tarde. Tú, por supuesto, nos acompañarás. Vamos, pues, hijos míos.

AMELIA. ¡Arturo!

ARTURO. Sí, sí; es tarde. (*como volviéndose en sí*).

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

PAOLO, solo.

PAOLO. ¡Oh mi golfo de Isquia! Las olas que me mecian cuando niño, en la barquilla de mi padre! ¡Oh mi alegre tierra! ¡mi cielo sereno! En vano me lisonjeaba de volver a veros al lado de mi noble señora, léjos de este Arturo que detesto! En vano; pobre señora Teresa! ¿Por qué destino fatal colocó su amor en ese odioso francés, en ese miserable, que no tuvo valor para hacerla suya, cuando pudo lograrlo sin crimen, ni lo ha tenido ahora para dejarla en paz, y no poner el colmo a su miseria! Sus instancias, sus artificios, lo han hecho permanecer en

Francia. No, no tiene valor para apartar las garras del corazon de su víctima!

ESCENA II.

El Baron de SORBEN, PAOLO.

SORBEN. ¿Está visible el señor Arturo de Saviñi?

PAOLO. Creo que sí, señor: ¿vuestro nombre?

SORBEN. El Baron de Sorben. (*Sale Paolo; Sorben se sienta junto a la mesa, toma un album, ojea y lee en voz alta*); ¡Ah! este es el album de la Baronesa.

(*Lee*) ¿Quieres que ame la vida

Y qué no diga a Dios a la ventura?
 ¿Quieres que reducida
 No mire mi existencia a noche oscura,
 Y que injusto no llame
 Al autor de mi ser? Pues deja que ame.
 El amor toda pena,
 Todo humano dolor mitiga y calma;
 Amor es paz serena,
 Gozo celeste, pábulo del alma,
 Que al ángel la aproxima;
 Centella de la luz que al mundo anima.

 ESCENA III.

Dicho y ARTURO.

ARTURO. Perdonadme haberos hecho aguardar tanto tiempo.

SORBEN. ¿Cómo perdonaros, cuando me habeis proporcionado el gusto de leer tan buenos versos? y versos que tienen traza de ser vuestros, pues ésta sin duda es vuestra letra.

 ARTURO. (*cerrando apresuradamente el album*). ¡Ah! Sí, sí; son unos versos que compuse tiempo ha, y que la Baronesa me rogó que escribiese. Dispensadme el recibirlos aquí, Baron; deseaba conversar con vos.

SORBEN. ¿Cómo se halla el Baron De-loné? No estará ya de vuelta?

ARTURO. No; está, como sabeis, en Auvernia hace tres semanas; la venta de una de sus haciendas le ha detenido allí.

SORBEN. No os pido noticia de la Baronesa, porque pienso que os vi con ella ante noche en la ópera; ya fé que estaba resplandeciente de lozania y de hermosura.

ARTURO. ¡Ah! ¿Con que me visteis? . . . Ella se halla mejor, mucho mejor.

SORBEN. Me habían asegurado que pensaba trasladarse con su marido a Nápoles.

ARTURO. El restablecimiento de su salud la ha hecho abandonar el pensamiento del viaje. . . . Pasé ayer a vuestra casa deseoso de tener el honor de veros.

SORBEN. Me lo dijeron, y por eso, de camino al ministerio, he querido haceros una visita.

ARTURO. ¿No tendremos el gusto de veros en el carao de esta noche? Es el aniversario del nacimiento de mi mujer, hoy cumple diez y ocho años; os esperamos; vendreis?

SORBEN. Ciertamente; no faltaré. Mas

creí que deseabais acaso hablarme, y como en medio de una reunion, no se podría tal vez. . . .

ARTURO. ¿Yo deseaba preguntaros como va mi pretencion en el ministerio?

SORBEN. Lo mejor que pudiera desearse.

ARTURO. Porque no existiendo ya los motivos, que me obligaban a detenerme en Paris. . . .

SORBEN. Es verdad; los preparativos de vuestro matrimonio os habian obligado a postergarlo todo. Tanto mejor; si estuviéseis dispuesto a ausentaros, el ministro de negocios extranjeros busca una persona que enviar a San Petesburgo en una comision importante. ¿Aceptariais vos una mision para aquella Corte?

ARTURO. Esa u otra; lo que busco es un pretexto cualquiera para salir de Paris.

SORBEN. Me parece que no será difícil con entaos.

ARTURO. ¡Mil gracias! No es necesario decirlos que los motivos que me hacen desear ésta ausencia, me hacen desear tambien que la petición que os hago permanezca secreta hasta el momento de. . . .

SORBEN. Contad con ello; voi a verme con el ministro ahora mismo, le hablaré de vuestro asunto, y me lisonjeo de traeros alguna buena noticia esta noche.

ARTURO. No se puede ser mas complaciente. Os vais ya? . . .

SORBEN. Apenas tenia tiempo de saludaros, . . . pero deseoso de saber el objeto de vuestra visita. . . . Como despues de vuestro matrimonio salís tan raras veces, una visita vuestra es un suceso extraordinario. A propósito, y madama?

 ARTURO. Algo indispuesta. (*acompañándole a la puerta*).

SORBEN. Ah! será talvez. . .

ARTURO. No, creo que no.

SORBEN. Hasta la noche.

ARTURO. Sí. ¡Mil gracias! ¡Mil gracias!

 SORBEN. Vaya, quedaos; adios. (*sale*).

 ESCENA IV.

ARTURO solo.

ARTURO. ¡Ah! Si Teresa penetrase que tengo el desigino de ausentarme de ella! Pero no puedo pensar en la vuelta del

baron sin estremecerme. En su ausencia solo tenemos que temer los ojos de Amelia; a quien no es difícil ocultarnos, pues es tal su candor. . . Y con todo a presencia de esta niña empieza ya el suplicio.

ESCENA V.

ARTURO, TERESA.

TERESA entra en puntillas, risueña y gozosa; mira por todas partes, y viéndose sola con Arturo, se acerca por detrás a la silla en que está sentado.

ARTURO. ¡Ah! (*sintiéndola y estremeciéndose*).

TERESA. ¡He bien! Yo soi. ¿Os he asustado?

ARTURO. No, no, Teresa.

TERESA. Acabo de dar todas mis órdenes para el baile. . . . No sé si pensarás como yo, Arturo. . . . Pero creo que una sociedad numerosa hace el mismo efecto que una completa soledad, y que tenemos mas libertad para vernos y hablarnos delante de cien personas que en nuestro pequeño círculo doméstico. ¡Oh! Las fiestas, los bailes, la embriaguez de la música, el encanto de las luces, el bullicio, en que se cruzan las miradas sin accecharse. . . . ¡Ah! nunca me han gustado mas los bailes y los espectáculos.

ARTURO. ¿Y te crees feliz, Teresa?

TERESA. Sí, porque quiero serlo; porque es menester que lo sea.

ARTURO. Tanto mejor para tí.

TERESA. Eres cruel, Arturo. . . . Déjame vivir esta vida facticia, que aletarga mi memoria; deja que la fiebre y la agitación me hagan olvidar de mí misma. Sí, sí. Mientras estés a mi vista, Arturo, mientras de tiempo en tiempo me sea dado tocar tu mano y ver tus ojos clavados en los míos, como en este momento. . . . olvidaré lo pasado, . . . en que hai un crimen. . . . olvidaré el remordimiento del porvenir, por esta dicha presente, deliciosa, que me enajena y me embriaga. Tú no sabes, no sabes todavía lo que es el amor de una mujer, Arturo. Su amor es su vida, se embebe en su sangre, lo respira con el aire. . . . !

ARTURO. Amada Teresa. . . . pero es preciso volver la vista al porvenir, pensar en la vuelta del Barón, que no puede tardar ya muchos días.

TERESA. ¿Y para qué pensar en ella? No

es mejor olvidarla? ¿Pienso yo acaso en la muerte, que tambien puede venir sobre mí de un momento a otro? Nó: el latido de mi corazón me dice que aun soi jóven para la vida; el amor me dice que nada tema, que nada puede extinguirlo, que sabré arrostrarlo todo. Venga la desgracia, cuando quiera, venga la muerte: no me quitará haber probado los dulces momentos de la vida.

ARTURO. ¡Ay Teresa! ¡Cuanto te envidio!

TERESA. ¿Por qué no hacer lo que yo? ¿Por qué no lo olvidas todo conmigo? Me ha ocurrido a veces un pensamiento. . . .

ARTURO. Cuál?

TERESA. Te lo diré cuando seamos desgraciados. Entónces conoceré hasta qué punto eras digno de este amor de Italiana, que tu invocabas en otro tiempo, y que ahora. . . . Arturo, sospecho que no lo comprendes. Vamos, vamos: animate; espíritu! (*Arturo se levanta: entra Páolo*).

PAOLO. (*entra*). El señor Barón acaba de llegar, y estará en casa muy pronto.

TERESA. Ah! (*Dejándose caer sobre una silla*).

ARTURO. Retírate, Páolo. (*se retira*). ¡Teresa! ¡Teresa! animate tú ahora! ¡Espántate!

TERESA. Ha llegado. . . . lo oíste? ha llegado.

ARTURO. ¿Habias pues olvidado verdaderamente que llegaría?

TERESA. ¡Ah! nó; nó. . . . Pero yo era ménos egoísta que tú: no queria darte que sentir con mis penas, queria devorarlas yo sola. Quería hacértelo olvidar; pero yo no lo olvidaba. . . . ¡Olvidar! ¡Ah nó! . . . No habria Dios, si fuese posible ese olvido. Arturo, no me envidies. Desde el primer momento del crimen, no he gozado una hora, un solo minuto de reposo. . . . ¡El anciano! . . . siempre lo he tenido delante. . . . En mi velar, en mis sueños, en mis pesares. . . . en todas partes su imagen. Cuando yo ocultaba mi destrenzada cabeza en tus brazos, tú pensabas que era amor, Arturo. . . . Era pavor.

ARTURO. Oh Dios mío!

TERESA. ¿No es verdad que yo era digna de envidia? (*Irónicamente*).

ARTURO. ¡Ah nó, nó!

TERESA. Díme ahora, ¿cuál de los dos amaba mejor, tú que procurabas espantarme con tus propios temores, o yo que me empeñaba en tranquilizar tu amor?

ARTURO. Y con todo, yo te amo bastante.

TERESA. ¡Cuidado! esas palabras en este

momento son un empeño inviolable. ¿Osarás repetir las? ¿Me amas tanto como ántes, Arturo?

ARTURO. Sí . . . sí. (*vacilando*).

TERESA. Acuérdate que te dije que me había ocurrido un pensamiento.

ARTURO. Bien?

TERESA. Que lo reservaba para el tiempo de la desgracia. . .

ARTURO. ¿Y qué pensamiento es ese? Vamos, dílo.

TERESA. Tú no te atreverías.

ARTURO. Explicáte, por tu vida, Teresa.

TERESA. Escucha: ¿Comprendes tú que una mujer que ha violado el mas santo de todos los deberes; que lo ha violado sin haber tenido un pretexto siquiera que pudiese atenuar su delito . . . (por que no pienses tú que haya nada que pueda disculparlo a mis ojos . . . Nó . . . El Baron era la bondad misma, y me amaba; mis menores deseos eran cumplidos al instante; yo soy bien criminal; lo sé demasiado. . .) Pues bien; ¿comprendes tú que una mujer que como yo, no tiene nada que disculpe su traicion, pueda mirar cara a cara al hombre a quien tan villanamente ha ofendido, besar su frente venerable, reclinarse sobre su pecho? Dí, dí, ¿lo comprendes tú?

ARTURO. ¿Teresa!

TERESA. Dí, dí si lo comprendes, Arturo, eso te pregunto no mas.

ARTURO. ¡Ay! no.

TERESA. Tú eres como yo, ¿no es verdad? Comprendes el crimen, pero no el descaro. Bien: yo soi esa mujer que no tiene ninguna disculpa, ningun pretexto con que paliarse el horror de su crimen. . . Mi esposo va a volver y . . . tú lo has dicho. . . me es imposible mirarle a la cara.

ARTURO. Si se pudiera acaso . . .

TERESA. Es que no hai medio, Arturo, no lo hai. Una vez puesto el pié en el sendero adónde tú me impeliste, no hai que volver la vista atras, ni a los lados. . . adelante siempre. . . y si hai un precipicio, un abismo. . . es preciso arrojarse en él. ¡Huyamos! ¿Estás dispuesto, a seguirme?

ARTURO. ¡Ah! imposible.

TERESA. Bien dije yo que no tendrías valor.

ARTURO. Pero ese anciano, Teresa! . . . ¿Le olvidas tú?

TERESA. Sí, sí. . . como el asesino olvidada a su víctima; no le olvido, pero me es fuerza evitar su vista.

ARTURO. ¿Pero abandonarle en la vejez

y el dolor! A donde quiera queb uyamos, oír sus maldiciones que nos persiguen . . . Nó; me es imposible dejarle.

TERESA. ¡Mientes! No es él quien detiene tus pasos.

ARTURO. Quién pues?

TERESA. Conociéndonos como nos conocemos, el corazon del uno se muestra todo entero al otro. . . y este es muchas veces el primer suplicio. . . . no es el anciano quien te detiene, Arturo.

ARTURO. Pues quién, Dios miol

TERESA. Su hija, . . . Amelia . . . tu mujer.

ARTURO. Teresa, yo te juro. . .

TERESA. No jures.

ARTURO. Sí; te lo confieso; no te enojas, Teresa.

TERESA. ¡Ah!

ARTURO. Esa pobre criatura, de cuya desgracia he sido causa. . .

TERESA. ¿Y de la mia, dí, quién lo fué?

ARTURO. Tan mansa, tan tímida. . . . que aflijida me ocultaba su dolor, que llorando me escondia sus lágrimas. . . . cuya voz se altera . . . cuya salud se debilita . . . cuyo protector soi. . . a quien prometí hacer feliz. . .

TERESA. ¿Y a mí nada me has prometido, cruell

ARTURO. ¡Ah! perdona, perdona Teresa.

TERESA. Mui bien. . . yo no era mas que criminal; tú me obligas a ser hipócrita; yo podia llorar a tu vista, tú quieres que tambien me averguenze. . . En hora buena. . . Crímenes, afrenta. . . todo lo que me venga de tus manos lo acepto. Aguardaré al Baron.

ARTURO. Un carruaje. . . Es acaso? . .

TERESA. Es el suyo. (*Teresa ha ido a la ventana*).

ARTURO. Dónde ocultarme de su vista? Perdona, Teresa, perdona.

TERESA. Retírate; tú me pierdes. (*Arturo se va*). Vamos, Teresa, vamos: ¿qué te acobarda? Serena esa frente. . . . Haz a lo ménos que el rubor de la culpa se parezca al de la alegría.

ESCENA VI.

TERESA, AMELIA, DULO, DELONE, en la antecámara.

DELONE. ¿Pero qué es de Teresa? ¿Dónde está mi Teresa?

AMELIA. Padre mio, mirad, allí está.

DELONE. ¡Vaya! no lo hubiera creído de tí. . . ¿Es posible? Laura, Duló, Amelia me aguardan al pie de la escalera, salen a recibirme para verme lo mas pronto ¡que pueden: y tú? . . .

TERESA. Iba ya a bajar.

DELONE. (*abrazándola*). Te perdono en albricias de verte tan hermosa. Amelia, haz venir a Arturo. Tu salud, tu salud que es para mí tan preciosa, . . . dime . . . ¿está restablecida del tedo? (*Amelia ha salido a llamar a Arturo*).

TERESA. Sí, estoi buena y contenta.

DELONE. (*abrazándola otra vez*). ¡Ah! permitidme . . . Tú sabes lo que yo queria hacer para restituirte la alegría.

DULO. Sí, ya lo sabemos todos, plantarnos.

TERESA. Yo sé que sois bueno ¡y jeneroso en extremo; y si pudo haber instantes en que no estuviese yo penetrada de gratitud hácin vos, ah! sabe Dios que no es este uno de ellos.

ESCENA VII.

Los mismos, ARTURO y AMELIA.

AMELIA. Ven, te digo, Arturo; te repito que es mi padre.

DELONE. Vamos, llega, hombre. Sobre que es menester, que yo vaya a buscarlos a todos. ¿Pero qué es eso, amigo mio? ¿Tú me besas la mano? ¿Te has vuelto loco?

AMELIA. ¡Padre mio!

DULO. (*aparte*). Este mozo seguramente no es el mismo que era. Es menester prevenirselo a mi amigo.

DELONE. Volvamos a tí, Amelia mia. Te hallo delgada y pálida.

AMELIA. ¿Yo papá? . . . no tengas cuidado, no es nada.

DELONE. ¿No te parece, Arturo, que hai alteracion en Amelia?

ARTURO. No sé. . . pero. . . a decir verdad. . . . (*aparte*). ¡Qué tormento, Dios mio!

DELONE. (*a Amelia*). Tú no me aguardabas hoy; pero ¿pensabas que era yo capaz de olvidarme de tu cumpleaños? No, no he querido pasarlo sia abrazar a mi hija. Tomé la posta, corri noche y dia, y heme aquí. Te alegras de verme?

AMELIA. Muchísimo, papá.

TERESA. (*a Arturo que está trémulo*). Me das lástima. (*al Baron*). Sin duda estareis fatigado amigo; ya sabeis que tene-

mos hoy baile, y si habeis de presentarnos en él, es menester que os vistais.

DELONE. Sí, sí; y ademas tengo mil cosas que decirte.

DULO. (*Bajo a Delone*). Tambien tengo yo que hablarte.

DELONE. A mí?

DULO. Chiton!

DELONE. ¿Qué es lo que hai? Ven con nosotros, Duló; te estamos aguardando, Teresa.

TERESA. (*aparte*). ¡Dios mio! ¡Dios mio! Dame fuerzas!

ESCENA VIII.

ARTURO, AMELIA.

AMELIA. Te vas Arturo?

ARTURO. Sí, me urge despachar unas cartas. ¿Tenias algo que decirme?

AMELIA. Una palabra sola, y me voi.

ARTURO. Díla, Amelia.

AMELIA. Mi padre me ha hallado pálida y delgada.

ARTURO. Es verdad, yo tambien lo habia echado de ver.

AMELIA. Tanto mejor. ¿Crees tú que sea sin motivo, Arturo?

ARTURO. Al menos, yo no alcanzo ninguno.

AMELIA. Pues voi a decirte el que tengo. . . ¡Soi desgraciada!

ARTURO. ¿Tú? y por qué?

AMELIA. Porque tú no me amas ya.

ARTURO. ¡Oh Amelia!

AMELIA. Tú no me amas ya, y la culpa sin duda es mia. Mira; yo he estado pensando cuál pueda ser la causa de la tibieza que observo en tu amor; me parece que yo soi siempre la misma; una diferencia solo hai y es que te amo mas que te amaba.

ARTURO. ¿Y quién ha podido hacerte creer? . . .

AMELIA. Todo. Aun cuando tú te tomaras la pena de disimular tu despego, en el corazón que ama hai un instinto que adivina. Arturo; pero tú ni aun esa pena te tomas.

ARTURO. ¿Qué es lo que. . .

AMELIA. Tú eres la causa. ¿Por qué me tenias tan habituada a tus obsequios, a tus agasajos, a tu amor? Me acostumbré a tu cariño; y ahora que te veo distraído, pensativo siempre. . .

ARTURO. Quién? Yo?

AMELIA. Mira: en este mismo momen-

to mis quejas te impacientan, te fatigan. Escucha, escucha una súplica que te hago de rodillas. . . .

ARTURO. ¡Oh! ¡Amelia! (*levántandola*).

AMELIA. Sí, una súplica.

ARTURO. ¿Por qué no la dices? Acaba.

AMELIA. Ten cuidado de ocultar tu diferencia a mi padre. Ella le llenaría de amargura. Delante de él . . . delante de él solamente. . . sé cariñoso conmigo, como antes lo eras. . . ¡Ah! tú no sabes lo que me ama mi padre, y lo que le harías padecer. Mira: cuando estemos solos, en nada te molestaré. . . no me hablarás si no quieres; yo me estaré en mi aposento y tú en el tuyo; sí, sí. . . lo sufriré con valor. . . ¡Pero que lo sepa mi padre! ¡Qué yo vea llorar a mi padre! . . ¡Oh! Arturo! eso no tengo valor para soportarlo.

ARTURO. Amelia . . . querida Amelia. . . Cree que te amo.

AMELIA. Eso que tú me dices no viene de aquí. (*Poniéndole la mano en el corazón*). ¿Entiendes? No es ese el tono en que antes me hablabas, aquel tono que hacia que tus palabras persuadiesen, y con que me hubieras hecho creer lo imposible. Nó; no te pido nada; nada sino lo que acabó de decirte. ¿Me lo concedes? ¿Procurarás que mi padre no observe diferencia en tí?

ARTURO. ¡Ah! Sí, sí. Compadécete de mí, Amelia. . . soi bien desgraciado; . . . pero todo cesará; te lo juro.

AMELIA. ¡Pero, Dios mío! ¿Qué es lo que tienes?

ARTURO. Nada. . . nada, al menos, que me sea posible decirte: tormentos. . . . pesares míos. . .

AMELIA. Cuando tú me querías, los hubieras partido conmigo.

ARTURO. Todavía!

AMELIA. No mas.

ARTURO. Amelia, la soledad me es necesaria.

AMELIA. Te he dicho cuanto quería decirte. No te detengo ya.

ARTURO. Sí; pero dentro de poco volveré a tu vista, Amelia. . . Lo tengo todo dispuesto para un nuevo plan de vida. . . para que no nos separemos. . . para que. . . .

AMELIA. Todo lo que tú hagas, será bien hecho.

ARTURO. Adios! Adios!

AMELIA. Hasta la vuelta. (*sonriéndose*).

ARTURO. Ah! lo que padezco! (*Entrando a su cuarto*).

ESCENA IX.

AMELIA, sola.

AMELIA. ¿Quién me volverá aquel Arturo de otro tiempo, aquel que era todo atención, todo agasajos. . . Aquella frente serena, aquella boca risueña! Pesares suyos, me dijo. ¡Ah! son míos también, pues los conozco. El ama. . . ama a otra mujer. . . . pobre Amelia, (*llora*).

ESCENA X.

AMELIA, LAURA.

LAURA. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

AMELIA. ¿Yo? Nada. (*Disimulando y enjugando las lágrimas*).

LAURA. Tú has llorado, Amelia, y aun estás llorando.

AMELIA. Nó, nó, te engañas. ¿Por qué habia yo de llorar?

LAURA. Eso no sé; lo que sé es que tienes los ojos encendidos, y el pecho oprimido.

AMELIA. Nó, Laura, te aseguro que te engañas.

LAURA. ¿Con que me engaño, y aun se te arrasan los ojos de lágrimas, y sollnzas? ¿Qué es, pues, lo que te aflige?

AMELIA. ¡Ah! qué desgraciada me ha hecho el cielo! (*sollozando*).

LAURA. ¡Desgraciada! y no me lo has dicho; a la amiga de tu niñez, a tu hermana?

AMELIA. Laura, mi amada Laura, sí; yo querria decirte lo que tengo, pero. . . .

LAURA. Hablando una de sus penas, empiezas a consolarlas. Vamos, habla, ¿qué tienes?

AMELIA. ¡Oh! es una cosa horrible, que me martiriza, que me causa tormentos de que yo no tenia ninguna idea. . . ¡Laura! Laura! . . . estoy zeloza.

LAURA. ¿Zeloza? ¿De quién?

AMELIA. ¿Pues de quién podria ser sino de Arturo?

LAURA. De Arturo?

AMELIA. Sí.

LAURA. ¿Cómo es eso? ¿Arturo te engaña?

AMELIA. Sí, sí, ¿No es verdad Laura, que es una cosa horrible? ¿A mí que le amo tanto? Está amando a otra, a otra que a su Amelia.

LAURA. Pero eso es increíble.

AMELIA. Estoy segura.

LAURA. A ver cómo.

AMELIA. Escucha. El recibe billetes que oculta de mí. El otro día le ví recibir uno, lo besaba, lo apretaba contra su pecho. ¡Ah! tú no tienes idea de lo que son los zelos. Todo lo oscurecen, lo hielan. Es de modo que teniendo un secreto que confiarle, y un secreto que en cualquier otro tiempo nos hubiera llenado a los dos de alegría... mira Laura... no tengo valor para decirselo.

LAURA. Y esas cartas...

AMELIA. Yo he visto dónde las escondes; porque veinte veces, ... vergüenza me dá de confesártelo, Laura... pero veinte veces he estado a punto de... Sería mui mal hecho, ¿es verdad?

LAURA. ¿Y en qué lugar las esconde?

AMELIA. En una gaveta secreta de la cómoda que está en el retrete: las coloca en una cartera, donde me parece que tiene ya muchas, y pone la cartera en la gaveta.

LAURA. ¿Y es posible que teniendo tú esa sospecha, no te hayas dado traza de averiguarlo?

AMELIA. Pero de qué modo?

LAURA. A lo que yo creo, no hai mas que un solo.

AMELIA. ¡Oh! sería cosa mui fea.

LAURA. ¿Pero tal vez se lleva él siempre la llave de la cómoda?

AMELIA. Eso importaría poco, pues yo tengo otra llave.

LAURA. ¿Quiéres que vamos las dos?...

AMELIA. Nó, Laura, nó. Si Arturo por casualidad nos sorprendiese...

LAURA. Pues bien, vé tú sola.

AMELIA. Yo no me atrevería jamas a leer una de esas cartas.

LAURA. ¿Sabes lo que me ocurre? Tú vas, sacas la cartera y la traes; yo la abro, veo lo que contiene; y te digo que eres una aturrida que te sobresaltas por nada; porque estoy bien segura de que todas esas cartas que dices son papeles de negocios y no billetes amorosos; y desengañada que seas, lo vuelves todo a su lugar.

AMELIA. ¿Tú serás discreta, Laura?

LAURA. En cuanto a eso ¿qué duda cabe? ¿No merezco yo tu confianza?

AMELIA. Yo creo que tienes razon; porque en verdad estoy tal que ya es preciso poner término a la incertidumbre que me atormenta. Y si en ello hago mal? Dios que ve mi aflicion, se compadecerá de mí.

LAURA. Vaya, no temas... aquí te aguardo. *(sale y entra Delone)*.

ESCENA XI.

DELONE, LAURA.

DELONE. Lo que Duló me dice me dá mucho en que pensar. ¡Laura!

LAURA. Señor.

DELONE. ¿Dónde está Amelia?

LAURA. En el cuarto de su marido según creo.

DELONE. Bien. *(atravesando el teatro como que va en busca de ella)*.

LAURA. Ha de volver aquí luego. *(Deteniéndolo)*.

DELONE. Tenía que hacerte una pregunta, Laura. La palidez de Amelia me sobresalta. ¿Sabes tú si tiene algo que sentir?

LAURA. ¿Qué sentir? Bastante, señor.

DELONE. ¿Y quién es el bárbaro que puede aflijir a ese ángel? Arturo no será sin duda...

LAURA. Escuchad. ¿Me guardareis el secreto?

DELONE. Habla.

LAURA. El que la aflige es Arturo.

DELONE. ¡Ah! voi a buscarle al instante.

LAURA. Nó, nó hagais tal. Puede ser que Amelia se engañe.

DELONE. No importa: Arturo es hombre de honor y me dirá...

LAURA. Nó, señor, mejor es que esperéis. Amelia, en este instante mismo, ha ido a ver si se engañaba a no.

DELONE. De qué modo?

LAURA. Hai ciertas cartas...

DELONE. Cartas en mano de Amelia?

LAURA. Nó; ella no pensaba abrirlas; y yo a presencia de ella...

DELONE. Vete, Laura. *(con severidad)*.

LAURA. Pero, Amelia.

DELONE. Hallará aquí a su padre en lugar de su amiga. Crees tú que no deba ella fiar a los ojos de su padre lo que iba a mostrar a los tuyos?

LAURA. Ya me retiro.

DELONE. Ve y dí a la Baronesa que acabe de vestirse, y hazme el gusto de mandar encender las arañas.

LAURA. ¿No quedaréis enojado conmigo?

DELONE. No, hija mía; pero déjame. *(con dulzura)*.

ESCENA XII.

DELONE, y luego AMELIA.

DELONE. ¡Oh! si eso fuese cierto, qué horror! Yo pongo bajo su proteccion una criatura inocente, llena de virtud y candor. . . ¿Y la engaña? No; esa muchacha no sabelo que dice; es imposible.

AMELIA. Toma, Laura . . . Héla aquí. . . Padre mio! (*esconde la cartera*).

DELONE. Amelia, dame esa cartera. (*con frialdad*).

AMELIA. ¿Pues qué? ¿Es posible? ¿Qué-réis? . . .

DELONE. Todo lo sé.

AMELIA. ¡Ah! (*echándose en sus brazos*).

DELONE. Tienes pesares; ¿y te quejas a otros, hija mia? ¿No soi yo tu padre, un padre que te ama?

AMELIA. Sí, sí, el mejor, y el mas amado de los padres.

DELONE. ¿Por qué confias a Laura lo que debiste decir a mí solo?

AMELIA. Yo no pensaba confiarlo ni a ella ni a vos, padre mio; pero me sorprendió llorando. . .

DELONE. ¿Pues qué! ¿T'an aflijida estás, mi pobre Amelia?

AMELIA. ¡Ay papá! mui aflijida.

DELONE. ¿Crees tú que sean de alguna otra mujer esas cartas? (*Al ver la cartera que Amelia le oculta*).

AMELIA. No puedo dudarlo.

DELONE. ¿Y tú ibas a fiar a Laura un secreto de tan grande importancia? Esas cartas, Amelia, contienen el deshonor de una esposa. . . de un esposo tal vez. . . ¿Y tú ibas a echar al viento la reputacion de uno y otro?

AMELIA. Fué mui mal hecho, lo confieso; pero estaba fuera de mí; habia perdido el juicio; no sabia qué partido tomar.

DELONE. Dame esas cartas.

AMELIA. Hélas aquí, pa lre mio. Si no son de una mujer, desídcelo todo a Arturo, y rogadle que me perdone; y si yo no me engañé en mi juicio, volvedme la cartera, para ponerla otra vez donde estaba; pero no me déis el nombre de esa mujer, porque la aborreceria sin duda. Y despues estrechadme bien a vuestro seno, porque vuestro amor y vuestra compasion serán mi único consuelo. Y sobre todo, perdonad a Arturo, como yo le perdono desde ahora.

DELONE. Traquilízate, hija mia; seré prudente.

AMELIA. Abrazadme; padre mio; esto

mitigará mi pena Adios, adios. Sí erré en mi juicio, desengañadme, decidme la verdad al instante.

ESCENA XIII.

DELONE, solo.

Durante esta escena se ilumina

DELONE. ¡Pobre criatura! Tan jóven y ¡ya pesares! sí; la turbacion de Arturo al verme no me pronosticaba nada bueno; la palidez de Amelia me apretó el corazon. . . . ¡Unsecreto de tanta consecuencia a la merced de dos niñas! (*abre la cartera*). ¡Un retrato de mujer! (*se acerca a la luz*). ¡Teresa! ¡El retrato de Teresa en poder de Arturo! ¡Cielos! ¿De dónde ha venido a sus manos! Estas cartas. . . Veámoslas. . . ¡La letra de Teresa! (*abre una carta y lee*). “Mi querido Arturo.» ¡Maldicion! (*se sienta ajitado*). Pero no es un delirio. . . (*riendo*). He leído mal. . . Veamos. . . mis ojos se anublan. (*lee*). “Tu Teresa.» (*aprieta la carta entre las manos y la hace pedazos*). ¡Hombre infame! . . . Esta, ésta ¡era tu dama de Nápoles. . . y ¡yo, yo he sido quien la ha puesto a tu alcance. ¡Rabial Inferno! . . . Aquí, aquí; algo que destrozar, que hacer pedazos. . . ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Infeliz! de tí. . . ¡Venganza! muertel. . . Sangre, sangre pide mi afrenta. (*Se lanza hácia su aposento y se detiene*). Pero un escándalo, una querella, cuya causa será menester revelar. . . ¿Dónde, dónde hallaré un pretesto? . . . Tardará en presentármese uno . . . y entre tanto entre tanto me ahogo, se me rompe el corazon, . . . fallezco. . . . ¡Ah! ¿Morir, morir sin vengarme? . . . ¿Morir y dejársela? . . . Imposible. . . Le llamaré; vendrá conmigo; y en estando solos. . .

LACAYO. (*entrando*). El Señor de Serannes; el señor jeneral Clemán.

DELONE. ¿Pero qué me quiere esa jente? Qué buscan? ¡Ah sí! el cumpleaños de Amelia! ¡Un baile! ¡Gran Dios!

ESCENA XIV.

El Barón DELONE, el general CLEMAN, otros convidados, DULO que sale a recibirlos, después el Barón de SORBEN, TERESA y ARTURO.

CLEMAN. ¡Ah! ¿Cómo va, mi amado Deloné?

DELONE. Muy bien, general: me alegro de veros.

DULO. Para serviros, general. Es una fiesta de cumpleaños la que celebramos, y estos días están contados en la vida de un padre.

DELONE. (riendo) Sí, sí, y qué días tan alegres que son! (saluda a los demás convidados).

LACAYO. (anunciando). El Barón de Sorben,

SORBEN. Yo quería hablar a Arturo antes de pasar al salón.

LACAYO. Está en su cuarto. (Sorben se dirige al cuarto de Arturo).

TERESA. ¿Cómo es esto, señores? ¿Habéis llegado apenas, y me dejáis sola? (sale de su cuarto ricamente vestida).

CLEMAN. Señora, ignorábamos... (se acerca a saludarla).

DELONE. ¡Su Teresa! (aparte).

DULO. Venid, venid, señor de Sarsarres. La mesa de boston os aguarda. Yo seré también de la partida. A bien que nosotros no danzamos.

TERESA. Señor general, ¿queréis tener la bondad de pasar al salón?

DELONE. No, yo detengo al general. Ve tú a recibir a las señoras. (Teresa se retira al mismo tiempo que Arturo y Sorben entran. Se encuentran Teresa y Arturo; y el Barón los observa).

SORBEN. Señora...

TERESA. Espero que tendremos el gusto de veros presto en el salón, señores?

ARTURO. Luego al punto,

DELONE. ¡Ah!

SORBEN. Señores, tengo el honor de presentaros un enviado extraordinario de la corte de Francia a la de San Petersburgo.

CLEMAN. Señor Arturo, os felicitamos. ¿Y de cuándo acá tan buena noticia?

ARTURO. De esta misma noche. Noticia y empleo, todo lo debo a este caballero,

SORBEN. La modestia no le deja añadir que S. M. ha agregado a este nombramiento el título de Barón y la cruz de la legión de honor.

CLEMAN. Pero a fé mía, eso es magnífico. Recibid mis más cordiales enhorabuena.

ARTURO. ¿Y vos, padre mio...?

DELONE. Yo su padre! (aparte).

ARTURO. Vos no me felicitáis?

DELONE. (Levantándose y fijándole la vista). En efecto, señor mio, no puede ser más justo el motivo. (con un tono irónico).

ARTURO. (reculando). Peropadre mio... Señor... yo hubiera creído que vos... primero que nadie...?

DELONE. ¡Pues qué! ¿Habría yo de aplaudir una injusticia, porquese ha cometido para favorecer a mi yerno, eh? ¿Lo que en otros censuraria, habría yo de aprobarlo en vos, porque de ello me resulta provecho, no es así? Os habéis engañado mucho.

ARTURO. Pero yo no puedo comprender...?

DELONE. Voi a esplicarme.

CLEMAN. Pero Deloné...?

DELONE. (alzando la voz). General dejádmelo. ¿Es posible que no os choque semejante injusticia, y que no espreséis la indignación que seguramente os causa? Un nombramiento de enviado extraordinario... Vaya! pudiera pasarse... cuando no se sabe qué hacer con un hombre... cuando un hombre no sirve para nada... y el oído del ministro está fatigado de oír su nombre, se le hace enviado extraordinario o consejero de Estado. Muy bien!

ARTURO. Oh! pero me parece también...?

DELONE. Silencio, señor... Pero que al hombre que aun no ha hecho cosa alguna por su patria, que guarda todavía en sus venas toda la sangre de la infancia, se dé igual título que al hombre cuyos cabellos ¡han encanecido en las fatigas del servicio!, la misma recompensa que al hombre cuya sangre ha corrido en veinte campos de batalla... ¡Ah! esa es una irrisión amarga de todo lo que es noble y grande; ya es cosa de no atreverse uno a saludar en la calle al que lleva la misma insignia y el mismo título que uno lleva.

CLEMAN. Amigo... Caro amigo!

DELONE. Que si es preciso absolutamente perfollar esos pechos juveniles, si es menester añadir títulos a los nombres de esos mozalvetes casquivanos, envíeseles al Santo Padre, que los haga caballeros y los condecere con la espuela dorada.

SORBEN. Amigo, la cólera de vuestro suegro proviene de que vos tenéis una cruz, y él...?

ARTURO. Sí, habeis acertado.

SORBEN. Dile que haremos por él cuanto podamos.

ARTURO. (*acercándose*). Padre mio, no tiene para mí nada de extraño que a un veterano del Imperio, como vos, le mortifique ver en el pecho de un jóven, que ciertamente no ha hecho nada por merecerla, una condecoracion, que tantas veces ha debido ser vuestra. . . . Pero estoi persuadido de que el ministro no desechara nuestras solicitaciones. . . .

DELONE. ¡Gracias! mil gracias! ¿Me dispensareis vuestra proteccion, no es verdad? . . . ¡Fatuol!

ARTURO. ¡Oh! Señor.

DELONE. Cuatro años de vuestra vida necesitariais solo para ir de campo en campo a reconocer los parajes en que ha corrido la sangre de vuestro protegido. Nó, nó, os lo agradezco! Vuestro tiempo es demasiado precioso. . . . Seria sobrada molestia para vos.

SORBEN. Pero, señor; esa cruz que S. M. concede a Arturo es tambien una recompensa de sangre derramada en el campo de honor. Su padre murió en la Vendée, peleando por la causa real.

DELONE. Contra la cual peleaba yo entonces. . . Ya se vé, ¿cómo no habia de hacerse alguna diferencia entre los dos? Su padre peleaba por un hombre, y yo por la patria.

ARTURO. Señor, yo he podido soportar las injurias que solo se dirijian a mí, pero las que se dirijen a mi padre. . . .

DELONE. Todo hombre que lleva armas contra su patria, es un traídor, y su hijo, es hijo de traídor.

ARTURO. Señor, cuando la sangre corre valerosamente en defensa de un principio, puede hacerse alarde de la herida que vierte esa sangre, porque es una herida hontosa.

DELONE. Arturo, dijisteis que no sufririais las injurias que se dirijiesen a vuestro padre. . . . Yo he insultado su memoria y la insulto aun; la huello así bajo mis pies. (*haciendo accion de hollarla*).

ARTURO. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

DELONE. Antes dije que erais un fatuo; me engañé, sois un cobarde. (*Destroza un guante con los dientes*). Y si esto no basta. . . . (*tirale los pedizos a la cara*). Tomad.

ARTURO. Ya que me forzais; señor. . . .

DELONE. (*dándole la mano*). ¡Ea pues! (*Amelia aparece; y vé a su padre y a su esposo asidos de la mano. El Baron dice en voz baja a Arturo*). Mañana a las seis, en

el bosque de Buloñe. Jeneral, vos seréis mi padrino.

CLEMAN. Pero, Deloné. . . .

DELONÉ. (*en voz baja*). Es un duelo irremisible, un duelo a muerte, ¿entendéis? ¡Mi hija! Cuidado que esta niña no sepa nada; señores, pasad al salón os ruego. *Vanse: Amelia siempre en el fondo; esperando que su padre quede solo*. Hallé medio de vengar mi afrenta. (*se sienta algo sereno*).

ESCENA XV.

DELONES AMELIA.

Esta se arroja en los brazos de su padre.

AMELIA. ¡Papá, qué alegre estoi! ¡qué contental!

DELONE. Alegre! contental! ¿Y de qué Amelia!

AMELIA. ¿Pues qué? ¿No ví que dabas la mano a Arturo? ¿Y no lo adivino ya todo?

DELONE. ¿Y qué es lo que adivinas, hija?

AMELIA. Que mi Arturo, no es culpable, pues te reconcillas con él: que las cartas no eran de una mujer. . . . ¿No es verdad que es así?

DELONE. Sí, tienes razon, asfes.

AMELIA. Deveras, papá?

DELONE. De veras. (*aparte*) ¡Pobre hija mia!

AMELIA. ¿Con qué puedo amarle como ántes? Y mas que ántes. . . . porque . . . (*baja la vista*).

DELONE. ¿Qué es lo que quieres decir?

AMELIA. Una buena noticia. . . . que no le he dicho a él, porque temia que ya no me amase, y que no he querido decirte a tí hasta hoy, dia de mi cumpleaños, dia tan alegre para tí.

DELONE. (*como sofocado*). ¡Ah!

¿Y qué noticia es esa, hija mia!

AMELIA. Esta palidez que has notado. . . .

DELONE. Bien?

AMELIA. No era toda producida por mis pesares. . . . Yo sufro. . . .

DELONE. Tú, Amelia?

AMELIA. Sí, pero penas bien dulces. . . . cuya causa conozco, . . . cuya causa es preciosa a mis ojos. . . . y debe serlo a los tuyos. ¿No entiendes, papá?

DELONE. Nó. . . .

AMELIA. Pues bien. . . . (*vaeilanda y bajando siempre la vista*).

DELONE. Qué?

AMELIA. (*ocultando la cara en el seno de su padre*). Ahora cuando yo ruego a Dios por la vida de Arturo, no ruego solo por mi esposo, sino por el padre de mi hijo.

DELONE. (*separándose de Amelia, a parte*). El padre de su hijo! . . . Y mañana la madre viuda. . . el hijo huérfa-

no. . . ¡Y seré yo! ¡Pero, Dios mio, ¡qué infierno es este! . . . Amelia, ven conmigo. . . Tú no sabes lo que padezco. . . No puedo respirar. ¡Aire! ¡Aire! (*cae cerca de la puerta. Amelia corre hácia él*).

AMELIA. ¡Mi padre se ha desmayado! ¡Socorro! ¡Socorro! (*Todos entran y forman un grupo al rededor de Deloné; y cae el telon.*)

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

PAOLO y TERESA.

PAOLO. Que la silla de posta del señor Baron esté pronta dentro de diez minutos.

TERESA. ¿Quién ha dado esa orden, Paolo?

PAOLO. El Baron, señora.

TERESA. Y para quién son esos preparativos, de viaje?

PAOLO. Lo ignoro.

TERESA. (*aparte*). Cosa estraña! (*alto*). ¿Sabes cuál es la causa de que el Baron, despues de su indisposicion, no haya vuelto a su cuarto?

PAOLO. Dijo que se retiraba al del señor Duló; esto es todo lo que sé.

TERESA. Pero yo queria verle. No puedo pensar en recojerme con tan penosa inquietud. Voy a subir al cuarto de Duló,

PAOLO. Está cerrada la puerta.

TERESA. Es posible?

PAOLO. Señora, ¿teneis valor?

TERESA. ¿Que es pues lo que ha sucedido?

PAOLO. Ha tenido un altercado con el señor Arturo.

TERESA. Con Arturo? . . . Pero sería por alguna cosa de poca importancia.

PAOLO. Se han desafiado, y salen al campo de aquí a dos horas.

TERESA. ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que me dices, Paolo? ¿Ellos salir a pelear? Es imposible. ¡Suegro y yerno! Te engañas, has entendido mal.

PAOLO. Cuando yo no los hubiese oido a ellos mismos, cuando solo hubiera sorprendido uno de sus jestos, una de sus miradas, eso me bastaria para asegurarnos que van a pelear, y para añadir que este es un duelo a muerte.

TERESA. ¡Oh! ¿pero quién ha visto semejante locura? . . . Es preciso que yo hable al Baron: no hai remedio. . . es preciso que le haga desistir. . .

PAOLO. ¿Y si lo sabe ya todo?

TERESA. Es verdad. . . oprobio! . . . En tal caso es fuerza hablar a Arturo; exijiré de él que este duelo no se lleve a efecto; tengo derecho para exijirlo. ¡Paolo! ¡Paolo! ve en busca de Arturo. Acaba de entrar en su cuarto. Dile que venga, que le aguardo, que tengo precision de hablarle, que soy yo, yo, Teresa. Tráele sin falta contigo. ¿Entiendes? Ruégale; instale, suplicale. . . ¿Oyes? . . . Dios mio! . . . Vé.

PAOLO. El Baron, (*Deteniéndose*).

TERESA. ¿El Baron! Ne me atrevo a aguardarle. . . Si pudiese yo saber. . . Mira, trata de detenerle aquí. . . haz que te diga. . . y yo detras de esta puer-

ta. . . . Pero ¡qué loca sois! . . . Que puede él decirte? . . . Viene sin duda a buscar a Arturo para sacarle al campo. . . . ¡Ah! me arrojaré en medio de ellos. . . .

PAOLO. Héle aquí.

TÉRESA. ¡Cielo piadoso! misericordia! *(ocúltase detrás de la puerta).*

ESCENA II.

DELONE, PAOLO.

DELONE. ¡Páolo! *(entra lentamente y se sienta, después de una pausa vuelve la cabeza y ve a Páolo).*

PAOLO. ¡Señor!

DELONE. ¿Qué era lo quería decirte? . . . ¡Ah! ¿Hace ya tiempo que terminó el baile?

PAOLO. Acaban de irse las últimas personas.

DELONE. Qué hora es?

PAOLO. Las cinco.

DELONE. ¿La silla de posta? . . .

PAOLO. He dado vuestras órdenes. †

DELONE. *(tendiéndole la mano).* Gracias amigo mío. *(De, a caer otra vez la cabeza sobre el pecho; pausa breve).* Páolo.

PAOLO, Señor. *(Delone dirige a cara hácia el aposento de Teresa; va a hablar; vuelve a otro lado la cabeza exalando un suspiro).*

DELONE. Vé; dí a Arturo que le aguardo. No os lo mando, Páolo; os lo ruego.

PAOLO. Voi, Señor.

ESCENA III.

DELONE solo.

DELONE. No hai remedio; así ha de ser. . . . Triste de mí. . . . Pero sea yo solo el desgraciado. . . . Yo quise invertir el orden de la naturaleza; quise unir la muerte a la vida; la juventud a la vejez. . . . ¡infeliz de mí! ¡Teresa! ¡Teresa! *(Se levanta, dá algunos pasos, y mira a la puerta de Teresa. Camina después lentamente hácia dicha puerta, y apoya la cabeza en la pared).* ¡Cuántas veces he pasado el umbral de esta puerta, con el corazón gozoso, palpitando de júbilo, como un corazón de joven! ¡Cuán insensato era!omas bien, cuán feliz, cuán feliz!

PAOLO. *(desde la puerta).* El señor Arturo está encerrado; y parece que no desea salir.

DELONE. Díle que yo se lo ruego; ¿oyes lo que te digo? Que se lo ruego. *(cáese Páolo).* Sí; comprendo bien lo que pasa en su alma; él es aun mas infeliz que yo; yo padezco; pero él tiene que sonrojarse de su conducta. Vamos, vamos; ánimo. Qué cansado me siento! ¡Qué exhaustas están mis fuerzas! Tengo de ayer acá diez años mas.

PAOLO. Aquí viene *(entra).*

DELONE. Gracias, amigo mío! Déjanos solos.

ESCENA IV.

DELONE, ARTURO, pálido y abático, entra a pasos lentos; se detiene al llegar a la mitad del teatro, y baja los ojos.

ARTURO. Deseabais hablarme, señor.

DELONE. Sí, acercaos y tomad un asiento.

ARTURO. No es necesario; os lo agradezco.

DELONE. Ayer, señor, debí pareceros muy estraña mi conducta.

ARTURO. *(con timidez).* Es verdad, y aun ignoro la causa.

DELONE. *(con viveza).* La causa es la que sabeis. No hai que buscar otra.

ARTURO. ¡Ah! respiro. *(aparte).*

DELONE. Pero semejantes arrebatos desdichan de mi edad. Y a los sesenta años ya es tiempo de conocer a los hombres, y por consiguiente, de tolerar con mas serenidad sus injusticias. Hice mal, señor.

ARTURO. ¡Vos! *(Dá un paso juntando las manos).*

DELONE. Hice mal; y os he rogado que vinieseis a este sitio para pedir os perdón.

ARTURO. ¡Vos perdon a mí! Dios mío!

DELONE. Sí; y como la ofensa fue pública, la reparacion debe serlo; y como el ultraje se hizo a presencia de un hombre a cuya vista debéis permanecer puro y sin la mas lijera mancha en el honor, he escrito al Barón de Sorbén; esta es la carta; hacedme el gusto de enviársela.

ARTURO. ¡Oh! Señor. . . *(rechazando la carta).*

DELONE. Tomadla, yo lo exijo de vos.

ARTURO. Pero, yo, Señor. . . ¿No tengo

go yo nada de que culparme en . . . en esta querella . . . ? ¿Nada deberé yo hacer por mi parte?

DELONE. Lo que debéis hacer, voi a decíroslo. . . ¡Hola! ¿Está pronta la silla de posta? (*a un lacayo que va entrando*).

LACAYO. Sí señor Baron. (*y luego sale*).

DELONE. Vete. Me preguntabais que os tocaba hacer; lo que os toca es poneros en camino.

ARTURO. ¿En camino? . . . ¿Y cuando?

DELONE. Dentro de cinco minutos.

ARTURO. Y Amelia?

DELONE. Os acompañará.

ARTURO. Pero tan presto?

DELONE. Teneis una mision para San Petersburgo. Vuestras credenciales se os entregaron anoche: el despacho de vuestra cruz está firmado: llevais honores. . . y honor: ¿no es verdad? ¿Qué mas apetecéis?

ARTURO. ¡Pero ausentarme tan de improviso!

DELONE. (*enardecido*). Yo os habia insultado y os pido perdon; esta carta prueba que vos no sois el cobarde, y que lo soy yo solo: ¿quéreis mas?

ARTURO. Pero, señor. . . .

DELONE. (*mas enardecido*) Esas injusticias, que ayer me hubieran desgarrado el corazon, si no hubiese dado un desahogo a mi cólera, heí las abrigo en mi pecho; si no puedo extinguir el odio que ellas han excitado en mí, a lo ménos lo escondo; de ofendido que era, me humillo a ser suplicante; os ruego que os pongais en camino. . . Decid, pues, decid, ¿qué quereis? ¿qué ós falta?

ARTURO. Dejadme despedir de mis amigos; permitidme permanecer en Paris hasta mañana.

DELONE. ¿Pero qué mas teneis que decirle? (*Levantándose y no pudiendo ya contenerse*).

ARTURO. A quién? (*retrocediendo*).

DELONE. A la que ni vos ni yo podemos ya nombrar cara a cara.

ARTURO. Cielos!

DELONE. Puede darse, Arturo, que seais tan ciego y tan insensato? Yo renuncio al único bien que me quedaba en el mundo, a lo único que podia hacerme cerrar los párpados sin maldecir mi existencia, a la sola cosa que podia hacerme dormir tranquilo en la tumba. . . . a mi venganza. Renuncio a ella, para que Amelia no sea viuda y su hijo huérfano. Y vos no veis en esta conducta, sino un acto de cobardía de que os aprovechais, sin adivinar la causa. ¿Imajinais por ventura que

la edad ha quebrantado mis fuerzas? ¡Ah! si esta mano apretase la tuya, te haria arrodillar de dolor: si ella dirijese a tu pecho la punta de una espada o la bala de una pistola, el acero u el plomo iria derecho al corazon. Yo deseaba que os fueseis sin que precediese explicacion alguna entre nosotros dos; quereis explicaciones: enhorabuena. Yo os las pido. . . . Veamos, veamos. si os atreveis a dárme las.

ARTURO. (*de rodillas*). Perdonad me, perdonadme, padre mio.

DELONE. ¡Eso sí! ¡De rodillas! ¡Miserable! ¿Tú te arrodillas delante de mí? Merecerias que te respondiese a puntapiés. (*Llora*). ¿Sabes, Arturo, que es bien infame lo que has hecho? . . . Y si yo no hubiese podido soportar tu crimen, si me hubiese dado un pistoletazo, como llegué a tener intencion de hacerlo, ¿piensas tú que la sangre del anciano a quien osas dar todavia el nombre de padre, no hubiera caido por toda la eternidad, gota a gota, sobre tu corazon, abrasándole como plomo derretido? Dí! ¿Crees que habrias tenido un dia de reposo, una noche de sueño, un instante de felicidad? Dí, ¿lo crees?

ARTURO. ¡Oh nó, nó. . . . (*a sus pies*).

DELONE. Dí, pues; cuando yo quiero reservar para mí solo los dolores y los desvelos, cuando yo quiero salvarte de un infierno en este mundo y en el otro, cuando portodo esto solo exijo de tí que partas. . . . sin explicaciones, y por consiguiente sin rubor. . . . ¡Te obstinas en permanecer! ¡Y nada adivinas! . . . ¡y es preciso decirte todo! ¡Pues bien! todo lo sabes ya; vete ahoral y maldígate el cielo!

ARTURO. ¡Ah! moriré, mas bien que irme con vuestra maldicion.

DELONE. (*Poniéndole en pie*). Pónte en camino, repito; porque puedo hacer mas que maldecirte. Pónte en camino. Voi a preparar y abrazar a mi hija. . . . Cuidado, que yo no te encuentre aquí a mi vuelta! Despues de mi muerte podras volver.

ARTURO. ¡Ah! perdonadme, perdonadme.

DELONE. (*rechazándole*). Apartaos: Haaced feliz a mi Amelia, señor; y con esta condicion. . . . ¿lo entendeis. . . . A la hora de mi muerte os perdonaré quizás; mas hasta entónces. . . no teneis que esperar. (*Arturo le sigue con los ojos. Entre tanto Teresa sale de su cuarto en agonía, y va a sentarse adonde estaba Deloné*).

ESCENA V.

TERESA, sentada, ARTURO, sin verla

ARTURO. ¡Qué oprobio! ¡Qué abismo!
¡Qué infierno!

TERESA. Sí, tenéis razón; esto es horrible.

ARTURO. Teresa! (*volviéndose.*)

TERESA. Yo estaba detras de esa puerta; lo he oído todo.

ARTURO. ¡Ah! Bien os lo habia yo dicho.

TERESA. (*con viveza*). Sí, la culpa es mia sola. (*aparte*). Y mio tambien será el castigo.

ARTURO. ¿Qué debo hacer?

TERESA. Partir. ¿No os lo ha ordenado el anciano?

ARTURO. ¿Partir? ¿Y vos?

TERESA. No tengais cuidado por mí, Arturo. . . . El día que yo hice traicion a mi deber. . . tomé. . . para la hora en que se descubriese mi culpa. . . una resolución, . . . que espero cumplir hoy mismo.

ARTURO. ¿Cuáles es? Dí: me haces temblar.

TERESA. Serenaos, Arturo. Si el cumplimiento de esta resolución no me hace feliz, me tranquilizará sin duda . . . a lo ménos así lo espero. . . Pero partid. . . partid pues.

ARTURO. Vuestra mano. . .

TERESA. Nada, nada, Arturo. Una última caricia, en este momento de horror, pesaria mas en la balanza divina, que todos mis delitos pasados. Adios!

ARTURO. ¿Para siempre?

TERESA. Para siempre.

ARTURO. Adios, señora: (*sale precipitadamente*).

ESCENA VI.

TERESA, sola.

TERESA. Parte, Arturo, parte. . . y sé feliz. . . . Ya no hai en mi alma ni zelos, ni amor. Y permita Dios que pueda yo estar tranquila a lo ménos. ¡Ah! ¡Páolo!

PAOLO. (*entra*). Imaginé que podiais tener que valer os de mí.

TERESA. Te aguardaba, Páolo.

PAOLO. Aquí me tenéis

TERESA. Cuando dejaste la Italia para seguirme a Francia, pensarías sin duda que, en una tierra extranjera, sin amigos ni relaciones, podria sucederte una de aquellas desgracias a que no se puede sobrevivir.

PAOLO. Creí que podria sobreveniros la muerte.

TERESA. Y para esa desgracia, sea cual fuere, es natural que te hayas reservado un recurso.

PAOLO. Tengo dos.

TERESA. Cuáles?

PAOLO. Mi puñal y este veneno.

TERESA. Partamos.

PAOLO. Se sabe todo?

TERESA. Sí.

PAOLO. Mui bien; tomad. (*Le dá el veneno*).

TERESA. Mil gracias. Tú si que me entiendes Páolo.

PAOLO. Dadme a besar vuestra mano. (*La besa de rodillas, se levanta, y mirando la puerta por donde ha salido Arturo, dice*). ¡Cobardel!

TERESA. Qué dices?

PAOLO. Nada. . . Digo que cuando uno os ama y os pierde, es una cobardía vivir.

TERESA. Adios; amigo. . . Me quedan pocos instantes. . . Y quiero dedicarlos al cielo. (*Páolo besa la orla del vestido de Teresa y vase*).

TERESA. (*levantándose*). Vamos. . . . Volveré a implorar su perdon.

ESCENA VII.

TERESA, AMELIA.

AMELIA. Mamá. . . mi querida mamá.

TERESA. Amelia! ah! (*como queriendo huir*).

AMELIA. ¿No sabeis que estoi de viaje?

TERESA. Ya lo sé.

AMELIA. ¡Y no quereis decirme adios!

TERESA. Adios, Amelia (*abrazándola*).

AMELIA. Querida mamá, una palabra, un minuto por vida vuestra.

TERESA. ¿Qué me quieres, hija mía? (*se vuelve a sentar*).

AMELIA. (*suspirando*). Me ausento de mi padre. . . . y le dejo sumamente abatido.

TERESA. Es verdad.

AMELIA. Su hija se aleja; Laura se cue

sará; Duló, que es mas viejo, podrá morir; vos sola le quedais, cara mamá. ¡Ah! Haced feliz a mi buen padre, y todos los que os aman os bendeciran.

TERESA. Hija mía! . . . Hija querida!

AMELIA. Y yo mas que nadie seré de ese número, y en todas mis oraciones oirá el cielo vuestro nombre.

TERESA. Cuidado no olvidés lo que acabas de prometerme.

AMELIA. Nó, nó, si Dios me escucha, seréis feliz.

TERESA. ¿Y lo serás tú?

AMELIA. ¡Oh sí! Porque Arturo me ama y su amor es mi felicidad. ¡Ah! Hubo un tiempo en que padecí mucho, porque llegué a dudar.

TERESA. ¿Dudaste? Y estás segura?

AMELIA. Sí; no estoy ya zelosa.

TERESA. ¿Y lo estuviste?

AMELIA. Mas de lo que podeis pensar, madre mía; y lo que siento es que mis malvados zelos me indujeron a hacer una cosa. . . .

TERESA. ¿Qué cosa?

AMELIA. Una cosa horrible. Y sin embargo no me es posible arrepentirme de lo que hice, porque sin eso aun estaría zelosa y aflijida.

TERESA. ¿Y qué hiciste?

AMELIA. Arturo recibia cartas.

TERESA. Y bien?

AMELIA. Que ocultaba en una cartera.

TERESA. ¿Sí?

AMELIA. Yo tenía una llave doble de la cómoda en que él las guardaba, y ayer, mientras el baile, tomé la cartera.

TERESA. Y la abriste?

AMELIA. Nó, nó; la entregué a mi padre. Fué muy mal hecho; me pesa. (*ocultando la cara en el seno de Teresa*).

TERESA. (*Poniéndole sus manos en la cabeza dice aparte*). ¡Hija mía! ¡Te perdono mi muerte! Dios mismo es quien ha elejido tu mano para herirme.

AMELIA. ¿Qué decis, madre mía?

TERESA. Digo que eres un modelo de candor y de pureza; que el crimen puede vagar al rededor de tí, sin manchar tu ropa virjinal, y que tus ojos, como los de los ángeles, no están abiertos sino para lo bueno y lo noble. Adios, hija mía. . . El cielo te haga dichosa. . . . Adios!

AMELIA. Sí, madre mía; el cielo me hará esa gracia. Seré dichosa. Lo sé de cierto. (*se abrazan*).

TERESA. (*Entrando a su cuarto*). ¡Ah! La virtud no es un nombre vano!

ESCENA VIII.

Un LACAYO, AMELIA, luego el BARON y ARTURO.

LACAYO. Señora, todo está pronto.

AMELIA. Laura y Duló?

L. CAYO. Os aguardan al pié de la escalera para deciros a dios. . . .

AMELIA. Está bien. Vé y dí a papá que le aguardo. (*Se va el Lacayo*).

(*Arturo aparece a la puerta del fondo, el Baron a la del costado, Amelia está delante*).

ARTURO. Amelia ha salido ya de su cuarto; voi a sacar de allí. . . . (*Se encuentra con el Baron*).

DELONE. ¿Aun estais aquí, Señor?

ARTURO. Perdonadme. . . . iba. . . .

DELONE. A vuestro cuarto?

ARTURO. Sí, he dejado allí. . . .

DELONE. Unas cartas. . . . Una cartera. . . . y un retrato. . . . ¿No es verdad?

ARTURO. ¡Ah!

DELONE. Es inútil. Todo está hecho pedazos, cenizas, aniquilado.

AMELIA. ¡Ah papá! ¿Qué es lo que decis?

DELONE. Nada. Adios, hija mía! La mano de Dios te conduzca: Dios te dé las dichas que ofrece a todos y que solo dá a la virtud.

AMELIA. ¡Ay padre mio! En el momento de separarme de vos es cuando siento lo que os amo! (*llorando*).

DELONE. Consuélate, Amelia, . . . Y yo. . . yo. . . ¿Crees tu que yo tengo un corazón de hierro? ¡El cielo te bendiga, hija mía.

AMELIA. No me acompañareis hasta la puerta?

DELONE. ¿Nó. . . para qué? Adios! (*enternecido*).

ARTURO. ¡Señor! . . . Padre mio! (*con timidez*)!

DELONE. Harás feliz a mi hija?

ARTURO. Os lo juro. *Deloncé le tiende la mano, que cubre de besos y lágrimas*.

DELONE. Bien está. . . Partid, señor, conducid a mi hija. Partid.

AMELIA y ARTURO. ¡Adios! ¡Adios!

ESCENA IX.

EL BARON DELONE, despues TERESA.

DELONE. ¡Adios para siempre! He visto por la última vez a mi hija, mi Amelia,

¡aquella cuyas manos esperaba yo que estrechasen las mías en el lecho de la muerte. ¡Ah! el resto de mis días no será va mas que una larga y solitaria agonía. ¡Miserable de mí! Y cuando por substraerme a este triste destino, doi lugar a otra mujer en mis proyectos y mis esperanzas. . . ¡Ah! esa mujer. . . .

TERESA. Las ha destruido. . . . No es así?

DELONE. Eres tú, Teresa? (*estremeciéndose*).

TERESA. ¿Vos me maldeciais?

DELONE. Nó; me lastimaba de tí.

TERESA. ¡Ah! Sois tan bueno. . . . (*la cara inclinada al suelo*).

DEMONE. Soi justo. La primera culpa fué mia. Teresa, yo habria debido ver mis canas y tus negros cabellos. Yo habria debido dejarte libre y dichosa en tu patria.

TERESA. Me hubierais evitado un crimen y mil remordimientos.

DELONE. ¿Qué dices, Teresa? Tú deliras. No hablo de crimen ni de remordimientos: nada sé, y nada quiero saber. Es necesaria una separacion entre nosotros; de nada mas se trata. Una separacion es para tí la libertad. Te dejo en Paris; te dejo en mi casa; serás respetada en ella. Te dejo mi nombre y mi fortuna. Yo me retiro a la Auvernia.

TERESA. Solo? Solo?

DELONE. Duló me acompaña. El me habia dicho que le encontraria cuando le necesitase. Me ha cumplido su palabra.

TERESA. ¡Cielos! . . . Cielos!

DELONE. ¿No te basta lo que hago por tí? Preferirias que yo permaneciese a tu lado? Necesitas de mi sombra, para. . . .

TERESA. Necesito vuestras lágrimas sobre mi tumba!

DELONE. ¡Ah! (*sonriéndose*).

TERESA. Necesito de vuestra bendicion en mi último suspiro. De vuestra bendicion, ¿entendeis? Porque el perdon no me atrevo a esperar. . . . Apenas espero el del cielo.

DELONE. (*con amargura*). En tu último suspiro, Teresa? Miranos a los dos. . . . ¿Cuál de nosotros juzgas tú que irá delante? Tú eres jóven y hermosa y vivirás largo tiempo.

TERESA. Soi jóven, sí, ¿y es esa una razon para no morir? Soi hermosa! ¡Ah! Poned los ojos en mí.

DELONE. Gran Dios! (*espantado*).

TERESA. ¿Viviré largo tiempo decís? ¿Pensais que pueda vivir largo tiempo con este sudor en la frente. . . . y un veneno en el pecho?

DELONE. ¡Veneno!

TERESA. (*cayendo de rodillas*). Debo decirlo todo, ya que no me habeis comprendido. ¿No veis que estoy moribunda?

DELONE. Moribunda! . . . Cielos! . . . ¿Qué decís? Socorro! Socorro!

TERESA. No os aparteis de mí. . . . no os vais. . . . no quiero socorro. . . . Llegaria demasiado tarde. (*asiéndose de las manos del Baron, y dejándose arrastrar con la cabeza doblada hácia atras*).

DELONE. ¡Tú morir! ¡Nó! ¡Nó! ¡Nó! . . . ¡Imposible! . . . ¡Duló! Laura!

ESCENA ULTIMA.

Los mismos; DULO, LAURA, PAOLO.

DULO. ¿Qué hai? ¿Qué gritos son esos? LAURA. Hablad, esplicaos.

DELONE. ¡Teresa! . . . ¡Veneno! . . . ¿No entendeis? . . . Se ha envenenado. (*El áolo se deja ver un momento, saca un puñal y como en actitud de herirse desaparece*).

LAURA. Gran Dios!

DULO. ¿Qué recurso? . . . (*turbado*).

DELONE. Un médico al instante. . . . Un médico. . . . Mi fortuna al que salve su vida. . . . ¡Corred! ¿Qué aguardais? Corred. (*Duló y Laura salen muy apresurados*).

TERESA. (*sosteniéndose un poco*). Apresuraos a perdonarme mientras que no os ven. . . . Y luego les direis, si os parece, que me habeis maldecido.

DELONE. Perdon y bendicion sobre tí, mujer desventurada! Dios no será contigo mas severo que yo.

TERESA. Esa es mi sola esperanza.

